

CELEBRACIÓN

EN QUITO

DEL CUARTO CENTENARIO

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

QUITO

IMPRENTA DEL GOBIERNO

1893

CELEBRACION

EN QUITO

DEL CUARTO CENTENARIO

DEL

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

QUITO

IMPRENTA DEL GOBIERNO

1893

Al Sr. Dr. Dn
J. Prado y Ugarteche
Su atento amigo y S.S.
Julio Castro
junio 6/94

CELEBRACION
EN QUITO
DEL 4º CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

I

ANTES que las naves procedentes de Palos se aventurasen á hender las olas del Atlántico, los viajes en dirección á las Canarias, Puerto Santo, Las Azores, Cabo Verde, Guinea y el Congo, se mostraban á los ojos de la ciencia de aquella edad como los últimos portentos de la audacia de los hombres, dada la general creencia de que nuestro planeta presentaba no más que la figura de un plano horizontal, cubierto por la concavidad de los cielos, donde revoloteaba un escuadrón de astros, prisioneros entre dos horizontes mezquinos; pero, contempladas las cosas á la distancia de cuatro siglos, vemos que esos

descubrimientos apenas son como los presagios del de América, y que la aparición de Tristán, Vaz y Zarco, Vello, Nolli y Escobar, Cam, Díaz y Santarén y tres ó cuatro navegantes más anunciaba al Genio de Liguria, así como los celajes de la alborada anuncian la venida del sol.

Si no hemos de fijar la atención en los descubrimientos de muy limitada importancia para la crónica de los grandes hechos, bien podemos afirmar, pues, que, desde el año 1345, en que, bogando hacia el SO. del Africa, los navegantes genoveses y catalanes hallaron la renombrada Orotava, hasta el 1486, en que, recorriendo el *Gran Mar*, mucho más abajo del trópico del Mediodía, y avanzando en dirección al Océano Índico, Bartolomé Díaz encontró el cabo de las *Tormentas*, la navegación no fué más que un arte mezquino. Pero desde que las carabelas de 1492 se atrevieron á hollar las espumas del Piélago de Occidente, hundiéndose en las nieblas de la Región Vedada, el arte pasó á ser ciencia; y, desde entonces, á la maestría y facilidad con que se comenzó á volar sobre las aguas se dió el nombre de *marina*.

Hasta cuando iba á espirar el décimo quinto siglo, la raza humana había presenciado prodigios en los campos de batalla. El mundo estaba lleno con los inmensos desastres causados por las armas. No eran nombres de héroes, sino de semidioses, los que corrían de lengua en lengua. Había realiza-

do el hombre portentos sobre la faz de la tierra, y la narración de los hechos de la humanidad se parecía á la leyenda. Mas, para que la historia de los tiempos fuese verdaderamente asombrosa, para que llegase á ser increíble como la fábula, faltaba una epopeya sobre los mares.

Los fenicios, por una antigua tradición, sabían que era probable la existencia de unas tierras desconocidas, más allá del mar vastísimo, tierras que se nombraban *Antillas*. Platón había hablado de la *Atlántida*. Tenía ya profetizado Isaías que Hesperia había de hallar regiones ignotas, donde se haría sentir el poder de su cetro. Por Séneca se alcanzaba que del fondo del mar brotarían tierras nunca vistas (1). Pulci hacía sospechar "que bajo nuestras plantas existían flores, palacios, ciudades y naciones, y que, por eso, el sol visitaba las playas del Ocaso". Petrarca, movido por la inspiración, había dicho: "Deja el sol de alumbrarnos, para ir, *tal vez*, á donde, como nosotros, también le esperan". Dante, avanzando más que todos, se atrevió á creer en el centro de gravedad. Pero la previsión del Genovés, del *nuevo Tifis* de Séneca, nadie la había tenido, ni nadie, hasta entonces, había hablado acerca de la existencia de la India con tanta seguridad como él.

El Descubrimiento realizado por Colón es un hecho que trasciende á las edades más

---

(1) Vid. *Medea*.

lejanas, á los países más remotos; es gloria que debiera interesar á todos los moradores del mundo, porque con la navegación de 1492 se abrió la era de los grandes descubrimientos; porque ella dejó senda franca para infinidad de marinos que, de diversas regiones de la tierra, se lanzaron á los mares, desde 1498, en busca de dilatadas regiones, donde se pudiera extender la fama de sus nombres, que ya no cabían, tal vez, dentro de los muros de la patria; porque en ella se inspiraron los Almeidas, Córdovas, Magallanes y Vidanetas, y porque élla enseñó á Vasco de Gama que se podía dar la vuelta en torno del globo, y á los Kan, Hayes y Hall, que podían avanzar hasta el círculo más vecino al polo. El nacimiento de América es también motivo glorioso de las prematuras ventajas de que, para navegar, viene disfrutando el último tercio del siglo XIX, y de las maravillas con que, sin duda alguna, nos sorprenderán los días venideros; y es, además, la causa próxima y, por lo mismo, innegable, de la expansión, vigor y lozanía con que hoy se levanta el cristianismo, aún después de haber sufrido los furibundos ataques de la impiedad.

Y ¿quién podrá atreverse á negar que la hazaña de Colón imprimió movimiento á la ciencia universal, que, á ciegas y con languidez, movía la planta entre las nieblas del descreimiento, que empezaban á condensarse sobre las postreras glorias de los últimos momentos del siglo XV? . . . . Después de la revelación de América, la ciencia de Euler y

Gaspar Monge llegó á la verdadera perfección; la dinámica de Lagrange y Vaucanson se hizo célebre; la hidrostática tendió, desde entonces, á su apogeo; confirmáronse y explanáronse las adivinaciones de Kepler; Parry, que se avecinó hasta las heladas riberas del *Mar Libre*, completó los conocimientos geográficos; las teorías de Galvani llegaron al último ápice de las esperanzas, y se coronaron con la realidad; enriquecieron sus descubrimientos Buffon y Linneo; concertaron sus ideas Humbolt y La Condamine, y recibió luz la ciencia de Copérnico, que vagaba errante de conjetura en conjetura.

La fiesta de Colón es, pues, la fiesta de todo el Orbe. El hallazgo de la *Atlántida*, que, en noche de arcano y de ignorancia, dormía, resguardada por la braveza de las ondas del *Mar Gigante*, es el renombre, la fama del Genovés, sublime Isaac de la Ciencia, y su más excelsa apoteosis será la historia de la realización del venturoso destino de estos pueblos de Occidente.

El desembarco de Cristóbal Colón en el ignorado banco de Bahama, es el portento que viene pasmando, desde hace cuatrocientos años, á la humanidad, arrogante y envanecida de sus nunca medidas fuerzas; es el orgullo y la gloria de los pueblos que viven al otro lado de los Alpes, entre el Tirreno y el Adriático; es la divinización del cetro español; la envidia de los imperios más grandes y soberbios, y la deuda de gratitud que, de un polo á otro, re-

conocen millones de almas nacidas bajo los milagrosos climas americanos.

Por eso, gran parte del orbe ha sonreído de placer ante el recuerdo de tan singular acontecimiento; por eso el mundo americano se ha estremecido de júbilo, aun antes que rayase la aurora del 4º centenario de su nacimiento; por eso el Ecuador, nación humilde, pero beneficiada también por la sublime hazaña del Genio, nación á la cual nadie, si la conoce, le podrá negar patrióticas tendencias, recordó al Genio de Liguria con amorosa sinceridad, como con una especie de veneración, y bendijo á la inimitable Isabel, personificación admirable de la caballerosidad española.

II

AUN cuando acá en la Capital, se desencadenó con rigor, hace ya muchos días, la estación lluviosa, la noche del 11 de Octubre, apacible y serena, convidaba á recorrer las calles de la ciudad, que, profusamente iluminada, hubiera podido semejar, vista desde cualquiera de las colinas inmediatas, un campo cuajado de luceros.

EL Palacio de Gobierno, sobre todo, estaba armoniosamente alumbrado; pues, con sus bujías escondidas tras cristales de colores, tenía mucho de fantástico, y semejaba algo como un jardín, donde había luces en lugar de flores; y sobre el tímpano que domina y remata el último cuerpo de arquitectura del mismo Palacio, había, en el aire, otra luz, ingeniosamente suspendida, simulando, entre las sombras, una estrella que descendiese á la tierra.

TODO esto se debía á la orden expresa que, poco antes, había dado el Sr. Gobernador de la provincia.

UNA hora después de haber anochecido, la hermosa plaza que cae al Sur de la ciudad y que lleva el nombre del Mariscal de la Independencia, á causa de la soberbia estatua de bronce que no hace mucho erigió el pueblo de Quito, en señal de gratitud á su héroe predilecto, parecía un lugar apiñadamente sem-

brado de cabezas humanas. Después de poco, al són de la alegre música, con que sucesivamente regalaban al concurso tres bandas militares, colocadas en diversos sitios, dieron principio los lucidos y caprichosos fuegos de artificio, que, entre los aplausos y murmullos de la contenta multitud, llenaban el aire con sus centellas de mil colores; y, mientras tanto, ligeros globos de papel de seda se remontaban, ostentando varias figuras y apropiadas inscripciones conmemorativas.

El placer en que rebosaba el corazón de los hijos de Quito, prometía transformarse en verdadero entusiasmo, al amanecer el día 12; mas, á las diez de la noche, cuando ya en la plaza de Sucre hubieron terminado los espectáculos pirotécnicos, el pequeño fuerte que se levanta á las faldas del Panecillo, mostrose de improviso iluminado, en recuerdo de la luz que, navegando aún, desde la proa de la Santa María, pequeña navecilla capitana, vió Colón, palpitando entre las nieblas del horizonte americano. Las poderosas luces de magnesio ardieron primorosamente y por media hora, bañándolo todo como con claridad de luna.

Así, de manera tan sencillamente poética, se anunció al entusiasta pueblo de Quito la proximidad del 12 de Octubre de 1892.

A las dos de la mañana del tan deseado día, el retumbo del cañón, despertando á la ciudad que dormía tranquila, le hizo recordar

que, á la misma hora, en el día inmortal de 1492, las playas de *Guanahani* despertaron del sueño del abandono, estremecidas de contento, al escuchar el mismo eco resonante, precedido por el grito inmortal de *¡Tierra!* que Rodrigo Sánchez de Triana lanzó desde lo alto de los mástiles de la Pinta.

EL sol del día 12 mostró á nuestra ciudad alegre, vestida de gala, con donosa sencillez, y ornada, por todas partes, con las banderas de la patria. Quizá, de igual manera, en la inolvidable madrugada de Octubre de 1492, se mostraron festivas y empavesadas las pobres carabelas del descubrimiento.

CIERTAMENTE, el placer de la víspera no había venido á menos. Al contrario, bullía en la ciudad el entusiasmo, y por donde quiera se hablaba de Colón, de Isabel y de España (trinidad espléndida, que vivirá para siempre en el corazón de América), como si el hecho que se recordaba hubiera sido de ayer.

BIEN sabemos todos que la Rábida es como el Cenáculo, desde donde, aguijado por orden indudablemente soberana é incontrastable, el nuevo apóstol del siglo XV movió la planta y se adelantó hacia el nebuloso y temido Occidente, trasladando esa luz esplendorosa que, aunque vacila, ni se gasta ni se apaga. Por eso Colón viene á ser un instrumento de Cristo, talvez, como cualquiera de los doce pescadores del Tiberíades.

Y Colón, como los doce gigantes de Cristo, venció; porque, si bien es cierto que el orgullo y osadía que nacen del poderío de las fuerzas humanas se deshicieron á las orillas del indiano Me-kong, el aliento que comunica la Fe, ni se abate bajo la pesadumbre de lo imposible, ni tiembla y se desmaya junto á las riberas de lo desconocido.

Como, por lo mismo, no se puede hablar de Colón sin hablar del Supremo Sér, que hizo hervir en la mente del Genio el más increíble de los pensamientos que jamás han agitado el cerebro de la humanidad. Era natural que también la Iglesia concurriese, como concurrió, á celebrar, de acuerdo con el Estado civil, el magno día en que, por mandato soberano, la América, después de quién sabe cuántos siglos de oscuridad de tumba, se levantó libre, hermosa y sonriente, y, puestos por primera vez los ojos en Cristo, como la Samaritana del Evangelio. Por eso, antes de la venida del día, echadas á vuelo las campanas en toda la ciudad, invitaban á los moradores de Quito á dejar el reposo, y, á las siete de la mañana, no sólo en todas las iglesias de la Capital, sino en las de toda la Arquidiócesis, se celebraron misas de acción de gracias, por la merced y favor que el Cielo se sirviera dispensar al insigne Genovés.

En la iglesia Catedral, adornada como correspondía á tan notable fiesta, á las diez de la mañana, se dijo la solemne Misa de acción de gracias; y, ante inmenso número de ilus-

trados oyentes (pues no faltaron ni los cuerpos Diplomático y Consular, ni los miembros de la Administración Pública, ni las Corporaciones religiosas y cuerpos colegiados), el R. P. Fr. José María Aguirre, de la Orden Seráfica, ornamento y lumbrera de la Iglesia ecuatoriana, hombre eximio en las letras sagradas y erudito en las profanas, dirigió la palabra, desde la cátedra eclesiástica, y con acento grave, pero cadencioso, y con unción sin igual, dotes que le son en alto grado características, encantó al auditorio, como suele hacerlo de continuo, y removió y transformó los corazones, como quien trabaja en cosa suya, pronunciando el siguiente panegírico.—

Convocat amicas et vicinas, dicens: congratulamini mihi quia, inveni drachmam quam perdideram. Luc. XV. 9.

Llama á sus vecinas y amigas, diciendo: alegraos conmigo, que ya encontré la dracma perdida.

Ilmo. y Rmo. Señor: Excmo. Sr. Presidente de la República, y amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Aquella mujer del Evangelio que convida á sus amigas y vecinas á celebrar juntas una fiesta, por el gozo que siente de haber encontrado la preciosa dracma perdida, es, en mi pensamiento, una representación de la solemnidad de hoy. Nuestra Madre, la Iglesia, ha encontrado, perdidas en las inmensidades del Océano, estas preciosas regiones de América, cual si fueran una rica moneda de oro con que debe pagar tributo al Rey de los Cielos; y, gozosa de semejante hallazgo, invita á las Naciones, para que celebren hoy

día una fiesta religiosa, dando gracias á Dios por este acontecimiento singular en el trascurso de los siglos. Nuestro Santísimo Padre León XIII, en su Encíclica de 16 de Julio del presente año, es quien hace esta invitación, diciendo ser justo y necesario que en la solemnidad colombina, al esplendor de las pompas civiles vaya unida la santidad de la Religión; porque Colón es, indudablemente, el hombre de la Iglesia; pues el principal intento que lo condujo á explorar el *mar tenebroso*, y la manera con que procedió, manifiestan claramente que en el designio y realización de la ardua empresa, tuvo parte principalísima la fe católica. Al verificarse el descubrimiento, exigió Colón, de los reyes y de los pueblos, que tributaran acción de gracias á N. S. Jesucristo: "Celébrense procesiones, decía; háganse fiestas solemnes; llénense los templos de ramas y de flores, en acción de gracias, por un suceso tan próspero". Y, al anuncio del descubrimiento, el primero que tributó á Dios público homenaje de gratitud, fué el Pontífice Alejandro VI. Lo propio es justo que suceda en la cuarta conmemoración secular de este acontecimiento maravilloso, siendo la Iglesia la primera en contribuír á la solemnidad. Aceptando, pues, el convite religioso del Pontífice, la República del Ecuador, representada por sus supremos pastores y magistrados, viene hoy al templo, como una hermosa virgen coronada de frescas flores y vestida de ricas galas, que son sus virtudes públicas, y, llena de regocijo, se sienta en el festín sagrado, para dar gracias á Dios, por haberla encontrado Cristo, hace 400 años, como á una oveja perdida en estos montes y valles; porque, poniéndola sobre sus hombros, la introdujo en el redil de la Iglesia, y porque los ricos tesoros de la fe, que ella encontró entonces, los conserva intactos todavía en sus instituciones y leyes.

Y mi pobre y humilde Religión de San Francisco se cree también con derecho á tomar parte en esta solemnidad; porque le pertenecen muy de cerca las glorias de la América. El precioso germen del Nuevo Mundo estuvo á punto de perecer por la fría indiferencia de los hombres; mas en el monasterio de la Rábida se incubó este germen, al calor de la caridad de un religioso franciscano, hasta que llegó á su perfecto desarrollo, siendo nuestra Orden la madre adoptiva de esta idea, entonces huérfana y peregrina en el mundo. Y el mismo autor y padre de ella, que fué Colón, era hijo de la Religión Seráfica, en su Tercera Orden, y tenía á gala el vestir manifiestamente nuestro hábito. Y nosotros nos gloriamos, más que si fuera emperador ó rey, en llamar hermano nuestro al gran marino. A más de esto, según refieren nuestros cronistas, un franciscano de la Rábida, que acompañó á Colón en su viaje, fué el primer sacerdote que tomó posesión de la América en nombre de la Iglesia, celebrando la primera misa, y reservando á la Magestad Sacramentada en una capilla provisional, que fué el primer templo católico levantado en estas tierras: franciscano fué el primer Obispo que hubo en la América, Fr. García de Padilla, quien ocupó la sede episcopal de Santo Domingo, primera diócesis que se erigió en estas regiones. Hijo de la Religión Seráfica fué el Apóstol del Nuevo Mundo que civilizó á los indios del Perú, San Francisco Solano. Uno de los pocos santos de la América que la Iglesia ha canonizado solemnemente en el número de sus mártires, es el franciscano S. Felipe de Jesús, que fué martirizado en el Japón. En fin, se extendieron tan rápidamente los Misioneros franciscanos en el Nuevo Mundo, que en 1505, trece años después del descubrimiento, se vió la Religión obligada á crear en América una nueva provincia de la Orden, con el título de Santa Cruz. Entre las órdenes religiosas que trabajaron en la civilización de América,

no ocupa el ínfimo lugar la Religión de San Francisco. Y veis aquí, hermanos míos, la razón por qué sea yo quien venga á celebrar en la cátedra sagrada estas hazañas de la fe; por qué sea yo el ministro que deba servir en la mesa de este convite el vino de la doctrina evangélica. Mas es tánta mi pobreza, que, en esta vil vasija de barro de mi pecho, no tengo sino agua. ¡Oh Virgen Santísima! tú, que libraste del bochorno de la pobreza, en el convite de Caná de Galilea, á los interesados en esa fiesta, convirtiendo en vino el agua de sus cántaras, ven ahora en mi auxilio, y líbrame del bochorno de mi ignorancia, en este solemne convite religioso, convirtiendo en afectos de devoción los fríos conceptos de mi discurso; y manda á tus ministros los santos ángeles, que, tomando en copas de oro esta agua fría que mis labios vierten, la conviertan en vino generoso, para el corazón de mis oyentes.—Ave María.

Convocat amicas et vicinas, dicens: congratulamini mihi, quia inveni drachmam quam perdideram.

La verdadera filosofía de la historia hace intervenir lo sobrenatural en los grandes acontecimientos humanos, y, como el descubrimiento de América descuella entre todos, por su importancia y singularidad, no podemos dudar que haya sido dispuesto por Dios, para grandiosos fines, en provecho de la fe y religión cristiana, sobre todo, si nos fijamos en el sello especial de catolicismo que distingue á Colón y á su obra inmortal. Este genio se eleva como gigante á fines del siglo XV, en los límites de la Edad Media y de las Edades Modernas, en la época precisa en que debía terminar la grandiosa unidad europea, formada y sostenida hasta entonces por la fe católica. Vivía ya en el mundo Lutero, este apóstol de Lucifer, que debía causar en la tierra los mismos desastres que Luzbel en los cielos, precipitando en el abismo de la heregía á naciones que

brillaban entonces por su catolicismo, como estrellas en el firmamento; y la Iglesia necesitaba de pueblos que vinieran en reemplazo de estos ángeles caídos. La blanca paloma de la fe estaba á punto de levantar el vuelo, abandonando su antigua morada en esas ilustres naciones de Europa. Y ahora ¿á qué montañas ó á qué árboles trasportará su nido? ¿Cuál será la región venturosa que logre recibir en su seno á esta paloma, que viene volando por encima de las aguas, al caer de la tarde, y que trae la verde oliva de la paz, que en esos antiguos campos germinaba? La soberanía de Cristo iba á ser desconocida de las naciones, y, en consecuencia, debía el Rey inmortal de los siglos salir desterrado de las cortes de los reyes y de los palacios de los gobernantes. Y ahora ¿á dónde irá? ¿Cuál será la dichosa nave que lleve á este ilustre proscrito á islas abandonadas ó á continentes desconocidos? Ah, hermanos míos! el inmortal Genovés es el vehículo elegido por la Providencia para esta gloriosa transmigración! Y este destino providencial, que se llama genio, lo llevaba escrito con las letras de su nombre, pues *Cristóforo Colombo* quiere decir *paloma que lleva á Cristo.* Los hombres le creían loco; porque la inspiración divina que soplaba en su pecho no le dejaba sosegar, como no sosiega el viento, hasta que deja en tierra apta los gérmenes de flores que en sus alas lleva. Merced á él, la paloma divina encontró este hermoso nido de la América, para criar sus polluelos: "Etenim invenit turtur nidum sibi ubi ponat pullos suos." Y no se crea que Colón fuese un instrumento ciego, en las manos de Dios, sino que tenía conciencia de su misión providencial, cuando aseguraba que el designio de su empresa no se fundaba en otro propósito que el acrecentamiento y honra de la religión cristiana, y cuando impetraba del Papa Alejandro VI letras pontificias que dieran á su empresa el carácter de un verdadero apostolado, para propagar en el Nuevo

Mundo el santo nombre y el Evangelio de Jesucristo.

Si hemos encontrado el elemento sobrenatural en la elección de la época en que se verificó el descubrimiento del Nuevo Mundo, lo encontraremos también en la elección del pueblo y de los reyes que debían llevar á cabo esta gloriosa empresa. Al terminar, con la Edad Media, el reinado político de la Iglesia en las naciones de Europa, quiso el Señor premiar la fe de los pueblos y soberanos que tan fielmente le habían servido en esos tiempos de piedad y religión, y, con ese objeto, tenía reservada en sus tesoros una perla muy preciosa, para engastarla en la corona más benemérita. El fondo de los mares era el arca divina en que se guardaba esta joya, es decir, que un mundo entero estaba oculto en las inmensidades del Océano. Las gracias de Dios son comparadas en el Evangelio á una perla preciosa encontrada al acaso por un comerciante. Y la perla de los mares, llamada América, fué encontrada por la mente de Colón, que era un cristiano de viva fe y ardiente caridad, á quien podemos llamar, por sus virtudes y excelso ingenio, un comerciante en piedras preciosas: *quærens bonas margaritas.* Encontrada esta perla, como una gracia especial con que Dios quería premiar á las naciones de Europa, ¿en cuál corona pensáis que la engastará? Colón es el enviado de Dios, para ofrecer á los monarcas y á los pueblos esta hermosísima joya; y ved á este sublime loco, á este ilustre mendigo, recorriendo las cortes y ofreciendo á los reyes la posesión de un Mundo, y en todas partes desechado, como iluso aventurero. Las Repúblicas de Italia no prestan fe á sus dichos. Portugal le rechaza. Inglaterra le menosprecia. La paloma mensajera, que traía del Cielo la diadema de gloria inmarcesible, se cernía entonces sobre la cabeza de todos los soberanos de Europa, y, después de revolotear por distintos países, enderezó su vuelo, por especial providencia divina, al heroico pueblo español, que, por espacio de 800

años, había defendido su fe católica contra la invasión mahometana. Esta predestinación, como toda obra divina, tuvo su cumplimiento por medios, al parecer, insignificantes, como lo vais á ver.

Colón, rico de virtudes y de ciencia, pero pobre de fortuna, viéndose desairado en sus pretensiones, por la oposición de los sabios y las repulsas de los príncipes, estaba indeciso sobre el partido que debía tomar, cuando una tempestad le arrojó casualmente, en junta de su pequeño hijo Diego, á las fronteras de España. En esas costas se elevaba, majestuoso y solitario, el monasterio de la Rábida, y á este santuario de la ciencia y de la virtud es á donde lo encaminaba el Señor, que quería premiar al católico pueblo español. En el recinto de esos claustros, y bajo el sayal franciscano, palpitaba entonces el único corazón capaz de comprender á este genio colosal, que en el mundo no cabía. Era Fr. Juan Pérez, Guardián de ese Convento, de quien la Providencia quería servirse como del instrumento más débil para la ejecución de la más grandiosa obra. Pasada la tormenta que ocasionó su arribada á las costas españolas, se había sentado Colón al pie de la cruz, que se levanta al frente del Monasterio, y no se decidía, por rubor natural, á acercarse á él, para pedir una limosna; pero el amor de padre luchaba en su corazón contra esta dificultad, viendo á su tierno hijo, de seis á siete años, fatigado por el viaje, devorado por el hambre y la sed. ¡Oh enviado de Dios! no vaciles! En este acto de humillación, que te ruboriza, ha vinculado el Señor la esplendente aureola que debe ornar tus sienes! Acércate y entra, que, con ansia, espera tu entrada todo un hemisferio!

Impulsado por la necesidad, con paso tímido, se acercó á la portería, y, con mano trémula, tiró de la cuerda de la campana, y, con voz lastimera, pidió un mendrugo de pan y un vaso de agua, para socorrer á su hijo. Abriéronse las puertas del monaste-

rio, y Colón se encontró con Fr. Juan Pérez. ¡Era la Ciencia, que venía á echarse en los brazos de la Fe, para pedirle el auxilio que le habían negado los sabios! ¡Era el Genio, que venía á solicitar de la pobreza religiosa los recursos que no había hallado en los tesoros de los reyes! Encontrándose por casualidad estos dos genios, se abrazaron y comprendieron. El uno llevaba todo un mundo en su cabeza, y el otro encerraba en su pecho un corazón más grande que ese mundo; y ¡dos figuras tan colosales cupieron juntas en la estrechez de una celda! En este santuario se aquerenció la paloma mensagera. Cuando, después, cansada de revolotear por siete años sobre el suelo de la Península, quiso emprender su vuelo á la Francia, la querencia la detuvo en la frontera de España, atraída por el pábulo del amor que encontraba en el Monasterio de la Rábida y en el corazón de su ilustre Guardián. Este religioso, amante de su patria como ninguno, hizo valer todo el influjo que tenía en la Corte, hasta conseguir que la reina, su hija espiritual, empeñara sus joyas, para proporcionar á Colón el dinero que necesitaba para su empresa; pues que el tesoro real estaba exhausto por las guerras con los moros. De esta manera, la esplendente corona que, hasta entonces, había fluctuado incierta, vino á fijarse en la cabeza y adornar las sienes de Isabel la Católica, de esta reina angelical, tan digna de ceñir no una sino cien diademas! de esta piadosísima princesa, de mente varonil y ánimo excelso, que destruyó definitivamente en España el imperio de la media luna, enarbolando la cruz en las torres de la Alhambra! ¡Mujer incomparable! orgullo de tu sexo y honra del católico pueblo español! el Cielo te ha elegido, en premio de tus virtudes, y quiere engastar en tu corona, hermoseada ya con tantos y tan primorosos esmaltes, esta perla preciosa de la América!

¡Ah hermanos míos! cuán cierto es que nada se pierde, antes sí se gana mucho, aún en lo material, sir-

viendo á la causa de Dios! Aquella promesa de Cristo: "Quærite primum Regnum Dei et justitiam ejus, et omnia adjicientur vobis", se ha hecho también á las naciones. Isabel quiso, para su Patria, la unidad de la fe católica, y, por conseguirla, agotó sus tesoros en la guerra contra los infieles; y veis aquí que Dios le recompensa con el imperio de un mundo! ¡Cuánto tendría que aprender el siglo XIX, de esta soberana de los siglos XV y XVI! En todas estas circunstancias históricas, al parecer, insignificantes, ¿no descubrís, hermanos míos, el sello sobrenatural, que distingue esta obra divina? ¡Un ilustre sabio enriqueciendo á los reyes con pedir limosna! ¡Un religioso profesor de la más alta pobreza prestando recursos á Colón! ¡Una reina, pobre de dinero, empeñando sus joyas, para socorrer al genio que mendigaba!

Mas, si en estos contrastes descubrís la acción de una Providencia especial, que quería glorificar á España y á Isabel, en premio de los servicios hechos á la fe católica; en Colón encontraréis también el elemento sobrenatural de las virtudes cristianas, que le hicieron instrumento apto para esta obra colosal. ¡Qué hombre! ¡Qué decisión y constancia las suyas! ¡qué paciencia tan heroica en sufrir las contradicciones! y, sobre todo, ¡qué fe tan admirable y fecunda! Luego que hubo alcanzado de la reina los recursos necesarios para su anhelada expedición, antes de ejecutarla, se preparó como era debido, retirándose, por algunos días, á la Rábida, en donde oraba con fervor delante de la imagen de Nuestra Señora de los milagros, que en ese santuario se veneraba, y, después de haber recibido la santa comunión, un viernes, 3 de de Agosto de 1492, se embarcó en el puerto de Palos, de la frontera de España, en medio de las burlas y el escarnio de los habitantes de aquella población, que se encolerizaban contra él, persuadiéndose á que los reyes les habían obligado, en castigo de sus rebeliones, á acompañar á aquel loco en su viaje, para que murie-

sen perdidos en las soledades de la mar. Tres carabelas, mal acondicionadas, zarparon del puerto para la grandiosa expedición, llevando á su bordo gente forzada, que se creía puesta en galeras, para expiar sus delitos; mas Colón, firme en medio de las contradicciones y denuestos, se puso bajo el amparo de la Santísima Virgen, dando el nombre de *Santa María* á la carabela almirante de las tres que componían su flota, y no levantó anclas sino después de haber invocado á la Santísima Trinidad en favor de sus tres naves.

Surcando el *mar tenebroso*, la lámpara que le iluminaba y dirigía en esos caminos inciertos, era la fe que encerraba en su pecho; pues todos consideraban como el extremo del mundo aquel lugar en que se levantaban las columnas de Hércules, con la famosa inscripción: *Non plus ultra.* El Océano estaba encadenado en las riberas; mas la fe de Colón encontró las llaves de esas cerraduras; soltó las cadenas que lo aprisionaban, y fué en busca de ese *más allá* ignorado hasta entonces. Como todos los pueblos y regiones tienen sus ángeles de guarda, que los cuidan y favorecen, indudablemente el ángel príncipe de los guardadores de América fué volando, en auxilio de la pequeña flota expedicionaria, para guiar, como otro Rafael, á este nuevo Tobías, á la región desconocida á donde lo enviaba el Padre Celestial. Este ángel confortaba á Colón en las penalidades de su viaje; este le libró, como en otro tiempo á Tobías, de que lo devoraran los monstruos del mar; porque, sublevada la gente de á bordo, intentó muchas veces echarle al agua, para quedar libre de él, y volverse á su tierra; mas el ángel tutelar de América, á la vez que desencadenaba los vientos, proporcionando una navegación favorable y rápida, encadenaba también las malas pasiones dentro del pecho, para que no llegasen á la ejecución, poniendo en boca del Almirante razonamientos maravillosos, pa-

labras dulces y blandas, astucias inocentes, con que lograba apaciguarlos. La Virgen Santísima, á quien la Iglesia saluda con el nombre de: "Ave maris stella", Dios te salve, estrella del mar, es la protectora especial de los marineros, que le profesan singular devoción, bajo la figura de este hermoso símbolo. Colón, con el doble título de marinero y de cristiano, amaba tiernamente á la Virgen, y ordenó que todas las noches se cantara el *Salve Regina* á bordo de las naves. ¡Qué espectáculo tan hermoso sería aquel! El mar tranquilo y el cielo sereno, con la apacible claridad de la luna y las estrellas; y el himno de María, que resonaba por primera vez y á compás de las olas, en las inmensas llanuras de la mar.....Sin duda que los ángeles bajarían del cielo, para formar coro en estas alabanzas que se tributaban á su Reina. Sí, María fué la estrella luminosa que enseñó el camino y condujo á este otro Mago, que iba en busca de reinos, para extender en ellos la fe de Cristo: ella fué quien le dió la fortaleza y perseverancia en este viaje tan largo y penoso.

El desaliento se apoderaba de todos los corazones; porque salían falsos mil incidentes que á cada paso habían hecho concebir esperanzas próximas de encontrar tierra. Las nubes, á enormes distancias, confundiéndose con el mar, tomaban la figura de hermosas islas; todos los corazones saltaban de placer; mas, al acercarse los marinos, para tomar puerto en ellas, se deshacían con las nubes estas ilusiones, y parecía que aún la naturaleza se burlaba del loco genovés. ¡Enviado de Dios, adelante! no desfallezcas, pues poco te falta para consumar tu obra! El que perseverare hasta el fin, dice el Salvador, ese será coronado. No pierdas la corona! Ya los ángeles de todas las regiones de América se han dado cita en la hermosa isla *Guanahani*, y en ella te esperan, con una preciosa guirnalda, para coronarte, en premio de tus virtudes, y tienen preparado ya el himno triunfal que debe cantarse al descubrimiento de América!

A los setenta días de navegación, después que habían pasado diez semanas de mortales angustias, y cuando parecían perdidas todas las esperanzas, un jueves, por la noche, descubrieron indicios evidentes de que se aproximaban á tierra; mas la pasada experiencia de tántas ilusiones y desengaños, les hacía fluctuar todavía entre el temor y la esperanza. La oscuridad de la noche les impedía distinguir las apetecidas playas, y deseaban con vehemencia que la llegada de la aurora disipara estas terribles dudas y congojas que les oprimían. Efectivamente, el sol del 12 de Octubre de 1492 alumbró una de las más bellas islas de la América. Al verla, se lanzó un grito de placer, con la expresión de ¡Tierra! ¡Tierra!, y, esta palabra, repitiéndose de boca en boca, hacía brillar en el rostro de todos la luz de una inefable alegría. Colón quedó absorto á la vista de la deseada tierra é inundado de gozo indecible. Era uno de eso momentos en que Dios paga los sacrificios hechos por una causa legítima y santa, y que basta para recompensar una vida llena de abnegación y padecimientos. Veía entonces coronados los esfuerzos de toda su existencia, descubierto un Nuevo Mundo, y creía trasformadas en flores las espinas de su corona! Pasado ese momento de los arrebatos y éxtasis de placer purísimo, cuando hubo vuelto en sí, se vistió de gala, tomó el estandarte real en sus manos, y desembarcó en la bellísima isla de Guanahani. Apenas puso el pie en la ribera, se postró en el suelo, é indudablemente lo regó con lágrimas, dando gracias á Dios, que le había concedido tal victoria. Veíase rodeado de una magnífica vegetación; respiraba un aire balsámico, exhalado por las flores y los árboles; percibía el melodioso trinar de las aves en los inmediatos bosques. Lleno su corazón de gratitud, plantó la cruz en esas hermosas playas, y, tomando posesión de éllas en representación de Cristo, dió el nombre de San Salvador á esta nueva isla, en memoria de nuestra re-

dención; porque fué viernes el día en que descubrió aquella.

Tobías no acertaba á agradecer al ángel tutelar de su viaje, por los bienes que le había hecho encontrar: "Tú me has dado fortuna, le decía; tú me has elegido una esposa noble y digna. ¿Qué te daré yo en recompensa?"; y el ángel, por contestación, desplegó las alas y se volvió á los cielos! ¿Qué le diría Colón á su ángel conductor, que le había proporcionado tánta dicha y, al parecer, tánta fortuna y gloria? Los ángeles de América desplegarían también sus alas, no para volverse á los cielos, sino para volar en torno de Colón y ceñirle las sienes con diadema de gloria, en pago de los bienes espirituales que, á costa de tántos sacrificios, acababa de proporcionar á la América. Cantarían, entonces, los salmos en que David invita á las criaturas á que alaben al Señor, porque viene á dominar la tierra. ¡Oh mares, saltad de alegría con vuestras olas! ¡Montes, conmoveos de placer! ¡Ríos, aplaudid con vuestras corrientes! ¡Risueños campos y majestuosas selvas, entonad un cántico nuevo, en presencia del Señor, que llega y viene á dominar en esta tierra! "Cantate canticum novum, a facie Domini, quoniam venit judicare terram." Las luces de la fe, que civilizaron al antiguo mundo, llegaban, al cabo de quince siglos, á estas perdidas regiones, y era este día para América la aurora de la gracia, y los ángeles cantaban el advenimiento de esta aurora en la persona de Colón.

Acabamos de ver á este genio en la cumbre del Tabor; mas su obra debe perfeccionarse en la cima del Calvario; porque el complemento y remate de toda obra cristiana es la cruz. La paciencia es la cúpula con que se corona todo edificio de santidad, y en esa cúpula se ostenta airosa la cruz del Redentor. Muy luego empezó Colón á sufrir la persecución sorda de la envidia. A las flores de su corona se acercaron, no las abejas, que extraen la miel, sino

las arañas, que convierten en veneno el jugo de las más preciosas flores. A vuelta de poco tiempo, fué acusado ante los reyes, de enormes crímenes que no había cometido; y llegaron las imputaciones calumniosas á tal extremo, que Colón se vió obligado á presentar humildemente sus pies y sus manos, para que los atara con grillos y cadenas el Comendador Bobadilla; y así, aherrojado y preso, en el fondo de la nave, fué trasportado á España, como un insigne malhechor, que merecía el castigo de los traidores. Ved cargado de prisiones á este hombre lleno de tántos méritos, y que contaba en su favor nada menos que un mundo. Pero el hierro de sus cadenas realza el brillo de los esmaltes de su corona. "Señal fué ésta y conjetura, dice Fr. Bartolomé de las Casas, de que estaba el Almirante contado en el número de los predestinados." Hallábase escrito en el libro de la vida, y así fué necesario, para entrar en ella, que padeciese oprobios, persecuciones, grillos y cadenas, y que sus inestimables servicios se recompensaren con la más negra ingratitud; porque el Señor se reservaba premiarle en la otra vida las ilustres hazañas que los hombres no habían tenido con qué recompensarle en la presente, sino es con las cadenas. Verdad es que los reyes católicos desagraviaron de esta injuria á Colón, poniéndole en libertad, volviéndole á sus antiguas dignidades, y desaprobando los avances del Comendador; pero él quedó tan aficionado á estas cadenas, que las tenía siempre á la vista, colgadas de las paredes de su habitación, y mandó á su hijo que, poniéndolas sobre su cadáver, en el día de su muerte, le enterrara con ellas. Ved aquí el amor de este fervoroso cristiano al oprobio y á las humillaciones. A medida que pasaban los días de su gastada existencia, se deshojaban las flores de su corona en el aprecio de los hombres; y este astro de primera magnitud quedó eclipsado en la oscuridad del olvido, mientras que otros menores lucían con todo brillo, llevándose las

glorias que correspondían á Colón, y él ni siquiera consiguió grabar su nombre en la portada de su obra, porque *América* fué el nombre que se dió al Nuevo Mundo. Sólo después de tres siglos, el inmortal Bolívar quiso ennoblecer á su República, llamándola *Colombia*. Por fin la corona inmarcesible, cuya aureola brillará tanto como los siglos en la frente de Colón, es el haber muerto pobre, tal vez mendigo, después de haber regalado á los hombres un mundo. Sólo le quedó la gloria de haber hecho el bien sin interés alguno, y esta es la felicidad más pura de las almas justas. En su testamento ordenó que, si su hijo alcanzaba las riquezas que á él se le habían prometido, se empeñara con ellas en rescatar la Tierra Santa del poder de los Turcos, y en favorecer al Papa, que, muy pronto, iba á ser abandonado de las naciones.

He aquí, hermanos míos, á grandes rasgos los hechos más gloriosos de la vida del Almirante Cristóbal Colón. Muchos Ilmos. Sres. Obispos creyeron encontrar en estas virtudes heroicas un fundamento sólido, para pedir al Pontífice reinante la beatificación del descubridor de América. Pero nosotros, mientras pronuncie su fallo la Silla Apostólica, reconozcamos, al menos, que la fe no está reñida con la ciencia: que las virtudes cristianas no se oponen en manera alguna al progreso de las naciones: que la devoción no deslustra en nada el brillo de la diadema con que se laurean los genios: todo lo cual nos ha demostrado con sus hechos el varón admirable que llevó á cabo el glorioso acontecimiento que conmemoramos.

Siendo las obras y descubrimientos el mejor elogio de sus autores, volvamos ahora, para celebrar dignamente á Colón, los ojos á nuestra querida América, á esta perla de los mares de Occidente. Esta es la Atlántida de los filósofos griegos, las Islas Afortunadas, cuyas bellezas cantaron los poetas latinos, como ignoradas de los hombres y vi-

sitadas únicamente por el sol, al hundirse en el Ocaso. Todas las obras las hace Dios para la gloria de su Hijo; y el descubrimiento de América lo enderezó singularmente para la gloria de Jesucristo. Este fué también el intento del descubridor; pues en todas las nuevas tierras á donde llegaba, primeramente plantaba una cruz y les ponía el nombre de algún Santo; la primera casa que en ellas edificaba era un templo, y la primera fiesta popular que instituía era una solemnidad religiosa. Lleno de fe, como Pedro, echó en los mares las redes de su ingenio, y sacó en ellas una multitud de pueblos, á manera de peces, para la gloria de Cristo. Esta perla preciosa de la América le pertenece, pues, á Cristo, por título de invención ó hallazgo, y le pertenece también por el joyero que la pulimentó, dándole un valor que antes no tenía.

En efecto, parece que los otros pueblos han recibido en herencia algo de la civilización de sus mayores; porque, al hundirse un imperio, lega á las generaciones futuras suficiente caudal de conocimientos, en los libros de sus filósofos y en los cantares de sus poetas. Mas los imperios de América se hundieron en el sepulcro con toda su civilización, dejándonos en herencia únicamente este hermoso suelo en que vivimos. Y entre nosotros se verificó el dorado ensueño de los poetas griegos, de edificarse las ciudades y formarse los pueblos al melodioso sonido de la cítara de Orfeo. Fué el sacerdote católico, el misionero santo, quien, sin más instrumentos que el breviario y la cruz, estas dos cítaras del Cielo, penetraba en los bosques, y con esta armonía celestial amansaba las fieras, suspendía los ríos, conmovía las rocas, y, al compás de la cítara, formaba las poblaciones al rededor de una iglesia. Estos ministros del Señor, ofreciendo en holocausto su vida y sus placeres, venían á la América, no en busca de oro, sino de almas. Como el Buen Pastor, á quien representaban, venían en busca de esta

blanca oveja perdida, suponiéndola al través de estos caudalosos ríos, de estos enmarañados bosques, penetrando por sendas que ni la avaricia se había atrevido á pisar. Sólo Dios veía al misionero, perdido en estas regiones, con su tosco sayal y los pies descalzos, atravesar los zarzales, hundirse en los pantanos, encaramarse en las rocas, exponerse á los precipicios, sin más esperanza que la conversión de los indios ó el martirio propio; y si alguna vez sucumbía, presa de una fiera ó con algún otro incidente, moría alabando á Dios en el desierto, y el compañero que venía tras de él, encontrando sus restos en el campo, los sepultaba, y, plantando en ese sitio una cruz, continuaba su camino con esperanza de igual suerte. Así se civilizó la América; y por esto os he dicho que el Nuevo Mundo es de la propiedad especial de Cristo, porque la Iglesia fué el artista que pulimentó esta preciosa joya.

¿Qué fué la América sino Agar perdida en el desierto, llorando la próxima muerte de su hijo que perecía de sed bajo la sombra de un árbol? Y ¿qué fueron los sacerdotes y misioneros, sino el Angel que, encontrándola errante, le mostró el pozo de aguas vivas con que se restableció el joven y llegó á ser padre de un pueblo numeroso y fuerte? Otras veces recuerdo un hermoso pasaje de la Escritura, para celebrar las glorias de la América en este día. Había envejecido mucho el santo rey David, y no era posible abrigarlo con ropas de lana ni de seda. Entonces sus vasallos salieron por todo el reino, en busca de una hermosa joven que, desposándose con el rey, durmiera en su seno, volviéndole así el calor de la vida, para prolongarle los preciosos años de su existencia. Después de muchos viajes encontraron, en la apartada región de Sunamitis, á la bellísima joven Abisag, y, llevándola en triunfo á la Corte, la desposaron con el rey. Jesucristo no puede envejecer; pero sí padecía frío, por la ingratitud de los hombres. Las vesti-

duras no le abrigaban como en otro tiempo, porque, con los preludios del protestantismo, todas las naciones se habían enfriado en su lealtad. Entonces la Iglesia, por medio de sus ministros, sale en busca de una Nación virgen, que pueda dormir en el regazo de Cristo, y se encuentra con la joven América, que es, en sus destinos, la esposa del corazón de Jesucristo. Y á ella podemos aplicar lo que dice la Escritura de Abisag: "erat puella pulcra nimis." Y ¡ojalá pudiéramos continuar con el sagrado texto: "dormiebatque in sinu regis et ministrabat ei!"

Hoy festejamos el cuarto centenario de estos desposorios místicos, cuando la familia es ya numerosa, y tiene hijos muy ilustres. Y, ahora ¿cómo le agradeceremos á Dios los beneficios con que ha favorecido á la América en estas cuatro centurias? ¡Ay, Señor! no tenemos qué ofreceros sino las lágrimas de nuestros ojos: es el único lenguaje que podemos hablar en estos momentos solemnes. Pero, si nosotros no acertamos á expresar los efectos de gratitud sino con los acentos del dolor, tenemos en el Cielo hermanos nuestros, hijos de la América, que saben ya el idioma de la bienaventuranza, y pueden cantarte, en el acento propio del gozo, el himno de acción de gracias..... ¡Oh, Rosa de Lima! Felipe de Jesús! Mariana, azucena de Quito! Santos todos americanos! solemnizad en el Cielo la fiesta que hacemos aquí en la tierra! y mientras nosotros nos postramos delante del altar eucarístico, para rendir acciones de gracias, postraos también vosotros ante el trono de la Beatísima Trinidad, para que le presentéis nuestras ofrendas y votos de gratitud, y nos alcancéis para lo futuro, la continuación de estas gracias del Cielo, sobre todo, la conservación de la fe católica en todas las naciones del Nuevo Mundo!

Hermanos míos! al terminar mi discurso, os diré: no creáis en el *Non plus ultra*, grabado por el

racionalismo y el materialismo en los confines de la razón humana y de la vida presente. Aun hay *más allá*, infinitamente *más allá*. La perla preciosa de la fe está más allá de los límites de la razón. La joya inestimable de la vida eterna está más allá del sepulcro. Vamos ahora navegando en el proceloso mar de esta vida, en busca de esos mundos nuevos y desconocidos; y ¿cuál será nuestro gozo, cuando, al desprenderse el alma del cuerpo, divisemos á la distancia la hermosura de los campos eternos? Tierra! Tierra de los vivientes! exclamaremos entonces. Pero ¿cuándo llegará ese día?; "quando venian et apparebo ante faciem Dei!" Esta tierra y este descubrimiento es lo que á todos vosotros deseo.—Amén.

El tosco sayal del franciscano, junto á la delicadeza de una florida inteligencia; la humildad en el claustro, y la pujanza del talento en la cátedra; la más increíble llaneza en la conversación, y la excelsitud del saber; el hombre de los contrastes: eso es el P. Aguirre.

A las doce del día, en la misma Iglesia Metropolitana, se declaró abierta la sesión solemne del Congreso Católico, cuyo único objeto, como es sabido, era excitar al Gobierno de Italia para que dejen la libertad al Pontífice y le devuelvan su poder temporal. Se instaló el Congreso con el canto del *Veni Creator* y se disolvió con el grave *Te Deum*.

VOLVIERON á tronar con majestad los cañones en las faldas del Panecillo, y, luégo, comenzó á desfilar el séquito oficial por la plaza de la Independencia, donde se mantenían,

formando calles de honor, los batallones vestidos de gala.

En el centro de la plaza, decorada por los mejores edificios de los Gobiernos civil y eclesiástico, se mostraba un elevado monumento simbólico, donde, siguiendo de propósito en gran parte la idea del que Génova levantó al frente de la estación principal de uno de sus ferrocarriles, estaba el Descubridor mirando al Occidente, puesta una mano sobre la argolla del ancla y pisando con el pie izquierdo uno de los brazos de la misma. Al lado derecho del Genovés, medio puesta de rodillas, con el semblante bellamente alzado al cielo, con indecible expresión en los ojos, y como en actitud de levantarse de su postración, se mostraba la imagen de la virgen americana. Más abajo, al contorno de la gruesa columna que servía de sustentáculo á las figuras mencionadas, sobre el plinto, y apoyadas en el bocel que se había figurado en la mitad de la columna, se mostraban, en actitud adecuada, la Historia, la Astronomía, la Náutica y la Geografía (1), compañeras del Almirante. Ocho metros y diez centímetros tenía de altura el monumento; su base era caprichosísima, y en el alto cuadrado que sostenía las molduras del plinto, se leía esta inscripción:

"CRISTÓBAL COLÓN.

12 OCT. 1492."

(1) Las figuras alegóricas que están al rededor del monumento de Génova son: la Religión, el Valor, la Geografía y la Prudencia.

Plegóse después el innumerable concurso en torno y al pie del majestuoso monumento, y desde lo alto de la tribuna, el Sr. Ministro de Estado, Dr. D. Francisco Andrade Marín, que se ha granjeado ya el corazón de los ecuatorianos, con irrecusables testimonios de acendrado patriotismo, entre los ardorosos aplausos con que la multitud correspondía á sus palabras de notable orador, pronunció el siguiente discurso, por encargo del Supremo Gobierno, y en nombre del Ecuador.

Señores:

Al unir mi desautorizada voz á esta grandiosa fiesta secular que conmemora en ambos mundos el descubrimiento de América, pasaré por alto el discurrir acerca de la edad del planeta que habitamos. Básteme dar por indudable que, á lo menos durante cincuenta y cinco siglos, la tierra se estuvo quieta y firme en los quicios de una ciencia que no quería ó que no podía moverse. Decurrido ese tiempo, asomaron dos hombres descreídos, y, despertando al mundo de su prolongado quietismo, enseñaron una vez para siempre, que el globo terrestre se movía majestuoso por entre los cielos estrellados, y que la tierra nunca se volvía hacia abajo, á pesar de sus vueltas cuotidianas, porque ella, en todas direcciones, se muestra cara á cara ante este infinito, redondeado cielo azul, morada eterna de los mundos visibles é invisibles. Parece que desde entonces, los hombres dieron en la manía de pensar con desenfado, cogiendo puntos á las autoridades; mas ellas sabiamente han cedido el puesto á los hechos, cuando estos han aparejado la ejecutoria de una evidencia matemática.

Los orígenes de la historia del linaje humano, diríamos que se pierden en la tenebrosa oscuridad

de los siglos y en las infinitas evoluciones de los pueblos; mas la fe nos da punto de partida para la apreciación de las grandes empresas. Decimos, pues, que hay dos acontecimientos bien marcados y grandiosos, que despiden vivísima luz, y aun excluyen la posibilidad de que se repitan otros de igual magnitud en su clase. Tales son la civilización por el cristianismo y la completa posesión de la esfera terrestre por el descubrimiento de América. Lo primero se debe al Hombre-Dios; lo segundo á Cristóbal Colón. Mas, ¡quién lo creyera! ambos, ante los ojos de los sabios, aparecieron cual menguados visionarios. El Sanhedrin de la Judea condena á Jesús, por blasfemo, y el de Portugal desprecia á Colón, por insensato y loco.........

Los más insignes y amables bienhechores de la familia humana han logrado sus pacíficos fines, mediante el absoluto sacrificio de su personalidad. Cruz y cadenas, pobreza y vilipendios, lotes son de la gloria, que nunca han faltado para esos seres extraordinarios que, de tarde en tarde, visitan la tierra, la depuran de vicios y, con bruscas sacudidas de innovación, le imprimen saludable movimiento de progreso universal. Estrellas de primera magnitud que, en el horizonte de la vida, aparecen envueltas en las densas brumas de las preocupaciones ó errores sociales, y que sólo el tiempo, gran padre de la verdad, se encarga de mostrarlas esplendorosas y fijas, para que sirvan de seguro norte de los indecisos pasos de la humanidad.

Se ha visto, pues, que las costumbres inveteradas se resistían vigorosas, tanto á que el Hijo del Carpintero fuese capaz de iluminar el mundo con sus doctrinas y virtudes celestiales, como á que Colón, el hijo del tejedor, pudiese zurcir algo más que patrañas y fuese bastante poderoso á enterar la tierra y entregarla redonda al brazo de la civilización moderna. Mas, los hechos consumados se han encargado, en todo tiempo, de la irresistible demostración

de que los grandes ingenios, por medio de su laboriosidad, inquebrantable carácter y constante abnegación, han sido las lumbreras de la tierra, para que los hombres echen paso largo hacia la felicidad. Uno se llama Moisés; otro Sócrates: éste Aristóteles y aquél Confucio; quien lleva el nombre de Copérnico ó Edisson; quien el de Sixto V ó León XIII; y nada importa que en humilde origen, la sierra, el telar ó el cayado pastoril hayan sido sus instrumentos de labor; pues la posesión de la tierra no está deparada para los soberbios ó para los que la buscan solícitos; ni la indumentaria del pavón es la esencia del valer y la superioridad, sino el secreto espíritu fuerte y sublime, chispa divina prendida por la mano de Dios en el corazón y la mente de unos pocos, á quienes se ha complacido en elegirlos para gloria y provecho de sus semejantes.

El presente siglo es, quizá, pródigo en exquisitas cortesías y reminiscencias á los muertos ilustres de todos los tiempos y lugares. Los héroes y los mártires, los literatos y los filósofos, los sabios y los santos, reciben de continuo, espléndidas y ruidosas ovaciones en los días conmemorativos de cualquiera de los hechos que los recomiendan á la posteridad; y está muy bien proceder tan culto y tan acertadamente meditado. Las generaciones actuales han de inspirarse, ante todo, en el ejemplo de lo grande, lo sublime y portentoso que registran los anales del pasado. Ellos constituyen un vastísimo y sacro depósito de las ciencias, proezas y virtudes que sirven de fundamento de esta obra monumental de civilización con que nos aprestamos á abrirle las puertas al siglo XX, cerrando con orgullo la jornada del siglo de los libres y la era del vapor y la electricidad. Si estas fiestas populares merecen encomio, por útiles y justas, ¿qué de aclamaciones no serán bien empleadas en pro del hermoso y feliz natalicio de las dos Américas, en cuyo seno bullen y se gozan más de cien millones de hijos suyos? Ellos, en este ins-

tante, levantan unánimes la voz de la glorificación de la Patria. Entre emociones de amor, himnos de placer y cánticos de alabanza, aclámanla Madre de las instituciones republicanas. Un solo pabellón, el pabellón de la República democrática, ondea de Levante á Poniente y de un cabo á otro de la América, en las diez y nueve naciones ricas y libres que ella contiene. No puede haber ciudad, villa ni aldea que, en este día, deje de ocuparse, con entusiasmo febril, en recordar que, hace cuatro siglos no más, la presencia de Colón hizo surgir del Atlántico y el Pacífico, este inmenso continente, en que se aclimatan no sólo la libertad y la paz, sino también los fabulosos descubrimientos con que nuestra hermana mayor vivifica, enriquece, regenera y civiliza al mundo todo. He dicho poco: hoy no sólo á América, sino á la Europa, igualmente, ocupa ese grato pensamiento. Más de 400 millones contemplan hoy á Colón, de pie en la proa de su humilde carabela, en el instante de señalar con su diestra la tierra que hubo prometido á Isabel, y, aun más, toda una mitad del planeta; lo cual, por cierto, es el verdadero hallazgo de un Nuevo Mundo.

¡Y qué hallazgo, Señores! Plúgole á la Providencia regalar este suelo con productos exclusivamente suyos, como el maíz, la patata, el tabaco, el caucho y el cacao, pacíficos soberanos que dominan el orbe, alimentándole y deleitándole. ¿Qué no puede ser esta tierra, virginal á par de gigantesca, si es irrigada por ríos como el Amazonas, el Misisipí, el Orinoco y el Plata? En sus llanuras, millones de ganados pacen, volviéndose imposible el contarlos y aun poseerlos. Sus montes y valles emporio son del oro y de la plata, hasta el extremo de hacer perder el equilibrio al valor de los metales que sirven de medios de cambio. ¿Qué no puede ser esta tierra, que, transportada materialmente en sacos, pasa, cual valiosa mercancía, al través de los océanos, y va á fertilizar los campos europeos? Ésta, sí, ésta es

la verdadera tierra prometida y la que aparece destinada á la completa regeneración del mundo social........ Amemos, pues, á esta carísima Patria, dada por el Cielo, mostrada por Colón, el Moisés de la era de gracia, redimida por la espada de Bolívar, y bañada con la sangre de nuestros padres....

En estricta justicia, si el precio que debemos pagar al benefactor ha de ser condigno del equivalente beneficio recibido; si de las manos de Colón salió esta extensa y noble América, para provecho de tántas generaciones, juzgo que el amor y la gratitud solidaria de las diez y nueve naciones en ella formadas, alcanzan á corresponder escasamente la deuda, tributando esta simultánea apoteosis, digna del Descubridor.

Concluyamos admirando la grandeza divina, que se dignó crear sér tan extraordinario como Colón. Aclamemos también la memoria de Isabel la Católica, eficaz protectora del descubrimiento, sin olvidarnos de Fray Juan Pérez y del gran Pablo Toscanelli. Felicitemos, en fin, solemnemente á la Italia y á la España; á la primera, porque es digna de haber dado á luz aquel hijo, grande entre todos los grandes, y á la segunda, porque mediante su augusta Soberana, no sólo supo proteger al mayor de los genios, titán de las empresas inauditas, sino que logró inundar la América por centenas de años, en glorias suyas, que la historia se ha encargado de trasmitirnos, como ejemplo de supremo grado de valor, de abnegación y de constancia humanas. Su fecundo germen, que, inoculado, corre en nuestras venas, nos constituye dignos hijos de tan heroica como gloriosa progenitora.

CUANDO así acabó de hablar nuestro interesante jurisconsulto, honor del foro de la patria, la Comitiva del Estado se dirigió al Palacio presidencial, desde donde el Gobierno

saludó á todas las Repúblicas del Hemisferio de Colón, á la venturosa Génova y al Pontífice Romano, por medio de la electricidad.

RECORRIERON luégo los batallones, al són de la música de las bandas, la nueva calle, prolongación de la carrera de "Ambato", que desemboca en la de "García Moreno". Esta nueva vía, debida á los desvelos y patriótico entusiasmo del H. Sr. Ministro de Obras Públicas, Dr. D. Francisco Andrade Marín, se hallaba hermoseada por alegre y numerosa concurrencia y por tres grandes arcos de triunfo, formados de mirto y de laurel, que, levantándose de trecho en trecho, se apoyaban sobre densa alfombra de rosas, alelíes y claveles deshojados. En el primer arco, en uno de los pilares, se mostraba el busto del primer presidente del Ecuador, General Juan José Flores, y, en el otro, el del Sr. García Moreno. A lo largo del muro de la derecha, que guarda dicha calle, labradas ingeniosamente con frescos tallos de oliva, entrelazados, se leían las inscripciones ¡GLORIA A COLON! ¡VIVA COLON! y en la parte más allá del último arco, descollaba la imagen del Descubridor.

CUANDO de este agradable paseo volvió el Ejército, en el Palacio de Gobierno, ante crecidísima congregación de personas, las más notables de la Capital y ante los más distinguidos jefes y oficiales del Ejército, el Excmo. Sr. Dr. D. Luis Cordero, en la manera fácil y adecuada con que suele expresar siempre sus ideas, improvisó una breve alocución, en

la cual manifestó que se declaraban inaugurados el Colegio Militar y la Escuela naval del Ecuador, y que cedía la palabra al H. Sr. Ministro de Guerra y Marina, Sr. General Dr. D. José María Sarasti, quien, de seguida, leyó el aplaudido discurso que á continuación puede verse, y el cual sirvió de magnífico principio á la solemne apertura anunciada en los respectivos programas que habían circulado antes.

Excmo. Sr. Presidente de la República:

Señores:

I

Designado para llevar la palabra, en este acto de la instalación solemne del Colegio Militar, cumplo con el deber de hablaros con el interés que inspiran, la memorable fecha del 12 de Octubre de 1892 —4º centenario del descubrimiento del nuevo mundo—y el gran objeto que el Gobierno del Ecuador se ha propuesto en el restablecimiento de este plantel de educación de los ciudadanos que, más tarde, han de ser los centinelas obligados para custodiar el precioso tesoro de la paz, de la Constitución y de las leyes de la República.

Me permitiréis, Señores, que os hable primero de una materia ingrata y árida para vosotros, y de la que habría debido prescindir, si no se tratara hoy de la inauguración solemne del Colegio Militar. Esta materia es la milicia misma, de la que debo decir algo, en fuerza del deber y del objeto que nos ha reunido en esta casa de la Nación.

II

El Ejército de un Estado es la fuerza pública que las leyes han establecido para sostener y conservar la soberanía del mismo Estado, el orden

público y los derechos y deberes de los asociados, haciendo respetar la autoridad en todos los ramos del Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial.

Que una Nación debe tener fuerza pública ó Ejército, es un principio perfectamente demostrado por los publicistas de más nota.—Si algunos han opinado que la fuerza permanente en la República es perjudicial y contraria al Gobierno popular, electivo, representativo y responsable, sus argumentos no han sido bastante sólidos para establecer tal principio en el derecho político y administrativo. Lejos de esto, las naciones del mundo con sus prácticas constantes y con su actitud en pleno siglo XIX —siglo de luces y de progresos sorprendentes—nos manifiestan que la fuerza pública es un elemento esencial para la vida misma de los estados soberanos. Por esto, los gobiernos del orbe entero se hallan perpetuamente armados y consumen sus rentas y sus riquezas en conservar poderosos ejércitos.

Si, para combatir esta verdad, se nos opone el ejemplo de los Estados Unidos de Norte América, decimos que, aun cuando en esta poderosa Nación no existe un gran ejército de línea, como en las demás naciones del mundo, la organización de la fuerza de policía y de la guardia nacional, con la perfección que allí se hallan establecidas, dan el mismo resultado que si hubiera un numeroso ejército permanente.

Si, por ahora, esa gran República no tiene un ejército respetable, es seguro que más tarde lo tendrá, atentas las tendencias de las naciones poderosas y la necesidad de conservar el equilibrio político en la gran balanza del mundo.

No os hablaré, en esta ocasión, sobre si un gobierno deba ó no tener ejército permanente: nosotros partimos del hecho de verlo establecido en las naciones más civilizadas y organizado en los estados más poderosos de Europa y las Américas.

Los más fuertes argumentos que se presentan

para probar que el ejército es innecesario y perjudicial para una nación, son: 1º, el de que la mayor parte de la riqueza pública se consume en el sostenimiento de ese ejército, por los enormes gastos que se invierten en las fuerzas de mar y tierra; pudiendo y debiendo invertirse en la educación pública, en los caminos, en las obras de beneficencia, etc., etc.; y 2º, el argumento histórico que manifiesta que las revueltas, la guerra civil y las revoluciones inmorales, se han alimentado, desarrollado y hecho explosión en los cuarteles, para ahogar la voluntad del pueblo y para establecer un gobierno dictatorial y despótico.

Cuanto á lo primero, es indudable que el ejército cuesta á una nación una considerable suma y que en su sostenimiento se invierte, talvez, una quinta parte de las rentas públicas, como sucede entre nosotros.

Pero este gasto, como todos los demás que hace un estado, es necesario, preciso, indispensable y obligatorio, para conservar la paz entre los súbditos, la integridad de su territorio y su independencia, so pena de vivir en la anarquía devastadora, de ser presa de un vecino ambicioso ó conquistada por un enemigo fuerte, advertido y celoso de su engrandecimiento.

La necesidad de la existencia de la fuerza pública es un hecho incuestionable, desde el instante mismo en que concebimos la existencia de la sociedad. La familia y la sociedad patriarcal de que hablan los publicistas, en nada se diferencian de la sociedad civil de una nación, si se trata de los medios de conservar esa sociedad, de mantener el orden y el respeto á la autoridad encargada de gobernarla y de hacer cumplir entre los asociados las leyes establecidas para este objeto.

El prestigio de la autoridad no es bastante para que los súbditos cumplan con sus deberes. La civilización y el adelantamiento de una sociedad no son, por sí, elementos suficientes para que los in-

dividuos observen fielmente las prescripciones de las leyes, ya sea que éstas arreglen, en todo sentido, las formas de los pactos, ya sea que se dirijan á garantizar los derechos de los demás hombres, estableciendo la respectiva sanción penal para los infractores, ó ya sea que esas leyes se dirijan á castigar prácticamente las infracciones.

Si la autoridad, como Poder Judicial, no se vale de la fuerza pública para hacer cumplir los pactos, y si no apela á esta fuerza para perseguir y juzgar á los criminales, las leyes quedarían escritas y la pretendida sociedad sería un mito. Entonces preferible fuera el estado natural y de barbarie, en el que imperaba la fuerza, haciéndose justicia los ciudadanos por sí mismos y constituyéndose en soberanos singulares.

El Poder Ejecutivo, denominado también Gobierno, no podría cumplir absolutamente con los deberes que le impone la Carta Fundamental. ¿Cómo mantener, sin fuerza armada, la paz entre los ciudadanos? Cómo conservar el orden público? cómo hacer frente á una invasión exterior, ya sea de conspiradores nacionales ó de agresores extranjeros? Cómo responder de la inviolabilidad del territorio y de la honra nacional, atributos constitutivos de la soberanía social? Sin fuerza pública no se concibe, pues, la existencia de una sociedad ni su justa y honrosa conservación.

Ni la religión misma, con su poder inmenso sobre las acciones humanas, puede conminar, por sí sola, á los individuos para que obedezcan lo prescrito por las leyes, respeten á la autoridad y sean ciudadanos útiles á su patria. Es, pues, indispensable que tanto el Poder que da las leyes, como el que las aplica ó ejecuta, se valgan de la fuerza.

Es indudable que la fuerza pública, es un elemento necesario en todo gobierno, sea cual fuere su forma. En las monarquías el ejército es indispensable para sostener al Monarca y su dinastía, confor-

me á sus instituciones, ya despóticas, ya constitucionales: en las dictaduras, para sostener al Dictador; y en la República, el ejército es necesario para sostener y conservar incólumes la Constitución y las leyes, contra los embates de los revoltosos de oficio, contra los ataques de la ambición armada y contra los arranques funestos de la demagogia, que echa á la cara de la autoridad el lodo fabricado, con cieno y sangre, en el inmundo laboratorio de la anarquía devastadora.

El argumento basado en la inmoralidad del ejército y en los hechos históricos de insurrección, de vandalismo y de traiciones, más ó menos infames y criminales, no es argumento decisivo. "La historia no es sino la repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y épocas diferentes"; y, por lo mismo, esos hechos pueden ser buenos ó malos, morales ó inmorales, justos ó injustos; hechos que no debemos imitarlos absolutamente, y que sólo sirven á la posteridad para saludable enseñanza. Que imitemos los hechos buenos, morales y justos, está muy bien; pero no es lógico deducir que, por los hechos criminales relatados por la historia con horror, condenemos á una sociedad entera. Para moralizar el ejército, para inculcar en él hábitos de nobleza, de lealtad y patriotismo, hay medios eficaces y seguros. La educación militar y la ilustración de los jefes y oficiales, son medios por los cuales se evitarán esas revoluciones de cuartel, que han hecho, en todo tiempo, odioso el nombre del soldado y que han oscurecido el brillo de sus armas. Que el soldado, el oficial y el jefe conozcan sus deberes para con la Patria, y sus sagradas obligaciones para con la sociedad, es el objeto que se proponen los gobiernos civilizados, es el ideal que, hace tiempo, viene persiguiendo el Ecuador en varias épocas, y que sus gobiernos, con mayor ó menor interés, con grandes ó pocos elementos, han tratádo de alcanzar.

Es este el grande objeto que se propone hoy el

Supremo Gobierno, al organizar el Colegio Militar y la Escuela de Náutica, dando así cumplimiento á la ley de 13 de Setiembre del presente año; y, al hacerlo, ha querido que el Colegio de esta Capital se inaugure de una manera pública y solemne, el 12 de Octubre de 1892, fecha memorable que hoy celebra el mundo entero, con alborozo singular, con actividad sin límites, con entusiasmo febril.

III

Ya hemos llegado, Señores, al punto principal de que me proponía hablaros.—Esta parte de mi discurso, os será más grata, y la escucharéis con el interés que inspira á los americanos la fecha gloriosa del 12 de Octubre de 1492.

Sí, Señores, esta fecha, que nos recuerda la historia en sus anales de admiración y de triunfos inauditos, es la en que el inmortal Descubridor del Nuevo Mundo vió por primera vez la tierra de este continente y se postró de hinojos ante el Hacedor Supremo, autor de su empresa misteriosa.

No puede haber, Señores, en los anales de la historia de las naciones, fecha ni más grande, ni más digna de admirable recuerdo que la de hoy!

El mundo todo la celebra y entona sus himnos de triunfo, aclamando, con voz atronadora, la concepción de una idea gigantesca y la ejecución de un pensamiento grande, sublime, heroico y digno de perpetuarse en la dilatada carrera de los tiempos.

Ese pensamiento y esa idea cupieron en la cabeza de un marino genovés, y bulleron en su inteligencia y formaron un volcán, cuyo fuego inflamó el corazón del héroe, brotando entonces la aurora que produjo los rayos reverberantes de la luz de la ciencia y de la fe, que iluminaron el camino que debía conducirle á un mundo desconocido. Justamente la Europa entera y las Américas conmemoran deliran-

tes el más fausto acontecimiento que, hace cuatrocientos años, dió vida á este inmenso continente!

Con justicia la ciencia y la industria del mundo civilizado erigen hoy majestuosos altares á la colosal figura de Colón y le consagran sus más perfectas, grandes y sublimes manifestaciones, conmemorando la más estupenda empresa que ha podido llevarse á cabo, luchando contra los embates de la impotencia, de las preocupaciones, de la ignorancia, de los peligros y de la muerte misma.........!

Justo, muy justo es, Señores, que nosotros, aunque pequeños, levantemos también nuestra débil voz aquí en la misma tierra descubierta por ese marino audaz!

Obligados estamos á contribuír, sea humildemente, pero con la grandeza de nuestros corazones y la elevación de nuestros sentimientos de gratitud, á hacer la apoteosis digna del Héroe de los mares.

Permitidme, pues, Señores, que en fuerza de esta razón, os trace á grandes y toscos rasgos el cuadro que hacen de la magna empresa del famoso descubridor de las Indias occidentales la historia y los escritores contemporáneos.

Colón, el marino de Génova, educado en Pavía, cuando niño, y aleccionado con las enseñanzas prácticas de peligrosos viajes y sorpresas de audacia y aventuras, cuando joven, buscó las ondas, para dar pábulo á su genio, y tomó parte en varias empresas y combates sangrientos contra piratas y corsarios.

"Fué uno de esos hombres de alto ingenio que parece que se crean á sí mismos; uno de aquellos que, habiendo pasado por mil privaciones, y habiendo hallado erizada de obstáculos su existencia, desde la edad más tierna, adquieren intrepidez para atacar y facilidad para vencer todos los inconvenientes. Tales hombres aprenden á efectuar grandes proyectos con escasos medios, supliendo la falta de estos, los recursos que abundan en su cabeza privi-

legiada. Esta es una de las particularidades que caracterizan la vida de Colón, desde la cuna hasta el sepulcro. En todas sus empresas, la ruindad y visible insuficiencia de los medios contrastan singularmente con la brillantez del éxito". (1)

A los 24 años de edad, bajo las órdenes del Duque de Cantabria, hizo su primer viaje de expedición sobre Nápoles; expedición que duró por mucho tiempo, distinguiéndose nuestro héroe en acciones de valor y hazañas memorables.

Incendiada su carabela, en el abordaje y combate de las *galeras venecianas*, naufragaron Colón y sus compañeros, y salvose éste, echándose al agua, asido de uno de los remos de su barca, según el decir de las antiguas tradiciones.

Colón llegó á Lisboa en 1470, ya sea, como dicen algunos historiadores, arrojado á las Costas de Portugal, después del naufragio, ó ya para buscar honrada ocupación.

Sus viajes y los estudios que había hecho, ya de las descripciones de los viajeros, ya de las cartas marítimas, engendraron en su mente la gigantesca idea del descubrimiento de tierras desconocidas, navegando por el occidente y cruzando el *Atlántico*, llamado entonces *el Mar tenebroso.*

No pudo Colón resistir al impulso de su volcánico pensamiento; y, con la fe en el corazón, resolvió buscar las islas misteriosas que divinizó Marco Polo en sus épicas descripciones.

Mendigó entonces la protección de los soberanos de Portugal é Italia, y fué rechazada su proposición. Igual demanda hizo á los reyes de Castilla y de Aragón, y burladas quedaron sus esperanzas. Inglaterra y Francia desdeñaron también su invitación. Pasan los tiempos; continúa sus estudios; hace un nuevo viaje, y ratifica su concepto de que el temible At-

(1) Washington Irving.

lántico era navegable y que encontraría el objeto de sus ensueños.

Loco le llamaron unos, aventurero y especulador otros, y fué su pensamiento objeto de las discusiones de los sabios y de los ignorantes de entonces.

Los protectores del Descubridor, entre ellos el sabio y virtuoso Guardián de la Rábida, á cuyas puertas llamó Colón, alcanzaron de los reyes católicos que patrocinaran esa magna empresa, que daría brillo y riquezas á la Corona de Castilla.

"Cuatro juntas de sabios españoles hubo, para dilucidar las ideas de Colón: dos en Córdoba, presididas por el Obispo Talavera: una en Salamanca, bajo los auspicios del sabio dominicano Deza: otra en Granada por los meses subsiguientes á la reconquista, bajo los auspicios del Cardenal Mendoza".

Los sabios españoles estaban dominados entonces por los errores de su época.

"El estado de las ciencias geográficas á fines del siglo XV era bien deplorable; pues había quedado rechazada, por herética, la sana doctrina de Eratóstenes y de Hiparco.

"Con poderosa intuición, admitían los sabios varias tierras en las regiones inexploradas del mar occidental y la existencia de los antípodas. Séneca aseguraba que en pocos días podía cruzarse el Atlántico, si se hallaban vientos favorables; y Plutarco anunciaba que hacia el Ocaso existía el gran Continente Saturnino.

"Los Santos Padres de la Iglesia Cristiana, interpretando á su modo las Sagradas Escrituras, impulsados por un error piadoso, contra las doctrinas paganas, niegan la existencia de los antípodas y ponen en duda la esfericidad de la tierra. Entre los fieles no había medio de contrarrestrar tan erróneas ideas: la Religión triunfaba de la Ciencia; porque ésta no tenía elementos para ponerse de acuerdo con la fe.

"El nombre de *tenebroso*, dado al mar Occiden-

tal, prueba en cuán tupido velo de negras supersticiones lo había envuelto la general ignorancia, tan propensa de suyo á creer todas las fábulas trágicas. Corrientes bituminosas, como las ideadas para pintar los ríos del infierno, enturbiaban la superficie del océano tan por extremo terrible; y vapores mefíticos, ó nubes de muerte semejantes, henchían aquellos caliginosos aires. Todo cuanto se dice y se cree de los peligros frecuentes en el mar, agrandábase al tratarse de un mar circuído por impenetrable misterio.

"Afortunadamente Colón tenía á la Providencia en favor de su obra, tenía al franciscano Juan Pérez; y éste, como lo había socorrido con su influjo en las dificultades opuestas por la Corte, socoreríale también ahora en las dificultades opuestas por el pueblo. Colón le pidió auxilio en tres consecutivos naufragios morales, peores que los naufragios oceánicos, y á los tres dió puerto de refugio la caridad y la sabiduría del Monge. Su conocimiento de la muchedumbre corría parejas con su conocimiento de la realeza. Y cual supo buscar en el trono la fuente de los recursos necesarios para la obra, supo buscar en el pueblo los medios de que los recursos allegados no se frustraran por carencia de cooperación popular." (1)

El Cenobio de la Rábida fué, en verdad, una providencia para el desconsolado navegante; y esta providencia dió el triunfo á Colón, decidiendo definitivamente la voluntad de la magnánima Isabel, en pro de la audaz y gigantesca empresa.

Después de 18 años de lucha constante, entre esperanzas y desengaños, contrariedades, vejaciones y humillación, obtuvo un espléndido contrato, que fué firmado por los Reyes Católicos el 17 de Abril de 1492.

En los cien días subsiguientes, preparóse la legendaria expedición, que debía zarpar de Palos el 3 de Agosto.

(1) Castelar.

Todo tenía ya el angustiado descubridor: un millón y medio de maravedises; tres carabelas armadas; tres veteranos y esforzados compañeros, (los Pinzones) y cien hombres de tripulación. Sólo faltaba que el venerable franciscano le entregara el estandarte milagroso de la Conquista, la Cruz de la Religión Cristiana, arma invencible con la que el nuevo Almirante combatiría las borrascas del *tenebroso mar!* Así se cumplió, y á las cuatro y media de la mañana, empezaron á deslizarse lentamente las tres débiles barquillas por las aguas del río *Tinto.*

Ya sabéis, Señores, que esos héroes del Océano lucharon 71 días con las olas y marchaban á merced de los vientos orientales, juguetes de la suerte y en batalla desesperada. ¡Cundía el pánico en las tripulaciones y los peligros no cesaban! Infinito era para los navegantes ese mar, y creían imposible salir de esa inmensidad terrible, sin ser sepultados en las ondas! ¡Habían perdido las esperanzas de ver las islas *misteriosas* y resolvieron regresarse, arrojando á las aguas al insensato aventurero!

Colón, sereno y apoyado por Martín Alonso Pinzón, calmó los ánimos de los altivos tripulantes, y marchaba impasible, dando la voz de *adelante! adelante!* profetizando así que la soñada tierra debía aparecer ya. Y, en efecto, por los signos inequívocos que veían y palpaban momentáneamente:—aire embalsamado, yerbas frescas, aves, peces de la Costa;—presentían un próximo triunfo, y sus corazones saltaban de gozo delirante.

Fuerte cantidad en oro se había ofrecido á quien viera primero la tierra de los sueños del viajero; y esta justísima ambición hacíales mirar de vez en cuando ese continente fabuloso. ¿Serían talvez las majestuosas sombras de la Atlántida, que vagaban serenas por el inmenso piélago?.........(1)

---

(1) Montojo.

Colón, con la fe del sabio y del religioso perfecto, sube á mirar al Occidente, y descubre luz brillante, en las primeras horas de la noche del 11 de Octubre. Al amanecer el 12, el marino Rodrigo de Triana cantó "Tierra por la proa". "Un fogonazo iluminó el espacio y la detonación de un tiro de bombarda puso en pie á todos los tripulantes de la Nao, que instintivamente miraron hacia el Horizonte".

En él se dibujaba, sobre un fondo pardo, una línea curva, de mediana elevación, con declive á uno y otro lado"........

¡Y no había duda!

Colón había vencido, y lo que fué para muchos locura insigne, estaba realizado! Llegaron por fin á la tierra prometida, objeto de los ensueños del gran Descubridor.........!

IV

No es nuestro propósito seguir al Almirante ilustre en su carrera de triunfos y de gloria. Ni nos proponemos tampoco verle en el calvario de la ingratitud, cargado de cadenas y víctima del verdugo Bobadilla.

Mirémosle solamente en la gloriosa fecha que hoy conmemora el Mundo civilizado, llevando el estandarte bendito de la conquista de un hemisferio y haciéndole tremolar en la parte culminante de la misteriosa Guanahani.

¡Gloria á Colón, Señores, y á España gloria! porque legaron al Mundo la virgen América que, libre hoy, campea en el torneo universal de las ciencias, del trabajo y de la independencia.

Y al recordar, con patriótico entusiasmo, nuestra autonomía y nuestra libertad, levantemos muy alto la voz, vitoreando al inmortal Bolívar, cuya sombra augusta vaga luminosa, compitiendo con la radiante figura de Colón.

A nadie mejor que al Sr. General Dr. José María Sarasti podía habérsele encargado de hablar en circunstancias tan especiales, dado el prestigio y ascendiente que ha logrado ganarse entre sus compatriotas, desde que, como valiente soldado, se mostró en los diversos campos donde la libertad riñó contra el despotismo la más desigual de las batallas.

Como el esplendor conseguido sólo mediante la inversión de grandes capitales, en la fiesta de que trato, no hubiera sido, quizás, bastante para llamar profundamente la atención y para excitar todo el entusiasmo de que es capaz un pueblo, el Supremo Gobierno procuró, á todo trance, sorprendernos, no sólo con la magnificencia y liberalidad obligadas, sino aún con las más seguras muestras de adelanto y positivo afán por el bien del pueblo.

Verdaderamente, nuestra patria ha tenido la fortuna de celebrar el cuarto centenario del Descubrimiento, con actos que no son para olvidarse.

Los de beneficencia ejecutados por el Excmo. Sr. Presidente del Ecuador, y la inauguración de edificios públicos, nuevas y útiles vías, escuelas de pintura, de música y de educación general, en varias provincias de nuestra República, claramente pregonan que ésta ha pactado ya estrecho maridaje con el Progreso.

A las tres y media de la tarde, el Gobierno, y, en su nombre, el Sr. Gobernador de la Provincia, hizo la formal entrega del terreno que el Estado acababa de adquirir, por título de compra-venta, para dilatar el área que ocupan los Talleres Salesianos, obra en la cual han escrito su historia solamente los buenos Gobiernos del Ecuador. Así habló el Sr. Gobernador, don Benjamín Chiriboga, ocupando el sitio que iba á poner á disposición de los Padres directores del Protectorado Católico:

R.R. Padres; Señores:

Solícito el Supremo Gobierno por el mejoramiento moral é intelectual de los niños desvalidos, á quienes se da en este plantel de educación, pan que alimenta y robustece la inteligencia y pan que sustenta y desarrolla el cuerpo, no ha vacilado en adquirir el área de terreno contiguo, para dar mayor ensanche al establecimiento, á fin de que también sea mayor el número de los alumnos beneficiados.

El mundo civilizado se agita ahora, conmemorando el cuarto centenario del grande y providencial hecho del descubrimiento de la América, por el inmortal genovés, Cristóbal Colón.

Deseoso el Gobierno de dar la mayor solemnidad posible á este día de gloria, ha querido también manifestar especialmente su particular aprecio á los abnegados y virtuosos Padres, á cuyo cargo está la difícil y honrosa labor de formar el corazón, ilustrar el entendimiento y adiestrar á estos niños en las artes y oficios, con que, un día, tendrán buena posición social, siendo artesanos útiles para el Ecuador y para sí mismos. Loor á los compatriotas del célebre genovés, cuyo genio y virtud hicieron que, ensanchándose el globo, se extendiera el benéfico y

salvador influjo de la Religión, y se dilatara inmensamente el campo de la civilización y del progreso, en el hemisferio Americano.

A tan notables conceptos, nacidos del fervoroso interés por el bien de la clase desgraciada, contestó el inteligente R. P. Luis Calcagno, Superior del Instituto, en estos laudables términos:

Señor Gobernador; Señores:

El homenaje que el Supremo Gobierno, en este instante, en este lugar, tributa al ínclito Marino de Génova, ocupa, en el corazón del pueblo, un lugar preferente, entre los festejos que se le hacen en toda la República.

Una multitud de jóvenes esperaba con ansia este fausto acontecimiento, y hoy, el entusiasta grito de *¡ Tierra!* dado á bordo de las carabelas de Colón, repercute en este lugar, y estalla con igual fuerza y entusiasmo en el pecho de cada uno de nosotros. ¡Tierra!

¡La Cruz salvadora, plantada por mi magnánimo compatriota en el nuevo Continente, clávese también en este suelo, y, á su sombra benéfica, brote un nuevo edificio, templo de la oración y del trabajo!

Señor Gobernador, manifestad á S. E., el Jefe del Estado, nuestro profundo agradecimiento, por esta nueva prueba de paternal cariño á los desvalidos hijos de la clase obrera que se educan en esta Casa. Y vosotros, mis queridos niños, en nombre de la Religión y de la Patria, en honra de Cristóbal Colón, ocupad este terreno; rociadlo con el sudor de vuestra frente, á fin de que pronto puedan venir á albergarse aquí varios centenares de jóvenes que, como vosotros, deseen aprender á ser férvidos católicos y honrados y útiles ciudadanos.

. . . .

Si no temiera ensanchar sobradamente las proporciones de este opúsculo, me detendría, de buena gana, en loar el afán y tino que á la continua desplega el R. P. Calcagno, cuando trabaja en favor de esa estirpe miserable, de esos niños desheredados, cuya riqueza y exaltación comienza, desde que pisan los umbrales de la casa de Don Bosco.

Todo el mundo reconoce que no hay institución quizás que haya dado, en el Ecuador, resultados más inmediatos, benéficos y duraderos, que la de los habilísimos y laboriosos Padres Salesianos.

En este mismo día, el Excmo. Sr. Presidente de la República, además del especial favor con que patrocina la escuela de artes del Protectorado Católico y otros planteles de educación, movido por la natural nobleza de su carácter, ofreció diez becas, para que, otras tantas niñas, puedan concurrir á recibir enseñanza en el Colegio que las Hermanas del Buen Pastor dirigen en esta Capital.

A las cuatro de la tarde, mientras, á campana herida, tornaba la Iglesia á pregonar que aquel era el día de la fiesta más universal y brillante á que dieron motivo los hechos de los hombres, la banda de Artillería, verdaderamente diestra en el uso de sus instrumentos musicales, situada al frente de la casa del Sr. Cónsul de S. M. Católica, don José María Lasso, anunció que el Excmo. Señor Presidente de la República, los Sres. Ministros de

Estado y más de cien caballeros, distinguidos miembros de la Administración pública, entraban á los espléndidos salones del digno y generoso representante de España, quien, acompañado de su inteligente y bella esposa, recibía, complacido, á tan distinguidas visitas.

La casa del Sr. Cónsul, digna de ser notada por su admirable simetría y hermosura, presentaba, en su exterior, el aspecto más risueño. El escudo de España, sobre el cual flotaba el pabellón de ese magnánimo pueblo, colocado en la parte más alta de la puerta principal, se veía circuído de una magnífica corona de arrayán; y caprichosas guirnaldas de diversas flores ornaban, formando muy variados festones, las ventanas y paredes. La agradable frescura y el atractivo que mostraba el exterior, anunciaban la brillantez y aquilatado gusto de los adornos interiores.

La elegante galería de la entrada, llena de preciosidades en materia de pintura, y cerrada toda ella por cristales, estaba ocupada, en toda su extensión, por pequeñas mesas, llenas de viandas exquisitas y licores de diversas especies y procedencias, todos ellos gratísimos al paladar; y hacían delicioso este paraje, el agua que saltaba en la vecina fuente, la frescura del inmediato jardín, y el agradable aspecto que presentaban, algo más allá, las palmas aclimatadas, los manzanos llenos de vida y provocativos, los cidros enanos, que brindaban sus frutos de oro, los melocotoneros

y otros cien arbolillos más, cuidados con esmerado gusto.

Todas las puertas de la casa, abiertas, convidaban á visitar la elegante morada del Sr. Cónsul Español, cuyos delicados obsequios fueron causa de que, en los diversos grupos, reinase la más encantadora armonía y discreta confianza.

El salón principal revelaba esquisito gusto en cada uno de sus detalles; y, en medio de una infinidad de primores del arte moderno, frontero de la puerta, se veía un estandarte riquísimo, tejido con hebras de oro, en cuyo espacio, dividido en tres campos, se mostraban los espléndidos colores de la bandera del Ecuador. En la parte más alta de ese estandarte, en la banda amarilla, cercado de una delicadísima corona de rosas coloradas y amarillas (colores que recuerdan los del pabellón de España), estaba el retrato de la hermosa protectora de Colón; en medio de la faja azul estaba el Sol Americano, lleno de resplandores de oro; y, bordada con hilo del mismo metal, se leía, sobre el campo rojo, la palabra ECUADOR. Al pie del estandarte, sobre un bello apiñamiento de pétalos; sobre una como montaña de flores, que brotaba del fondo de una gruta de mármol, se alzaba la noble figura del Genovés, en actitud inspirada, y, á sus lados, la España y la América, pulidísimas estatuas labradas en bronce de color claro. Todo era delicioso en este lugar, todo era fragancia, todo flores: un poeta hubiera tenido razón para

decir que la Primavera, abandonando los campos, se había hospedado en el mejor de los salones del Consulado de España.

DESDE este sitio, al pie del grupo alegórico descrito, el Excmo. Sr. Presidente de la República dirigió un cablegrama de atenta felicitación á S. M. la Reina Regente de España, y el Sr. Lasso hizo lo propio.

EL Sr. Cónsul brindó después, en significativas palabras, por el niño Alfonso XIII y por su augusta madre la Reina; y el Presidente, Sr. Dr. D. Luis Cordero, con la bizarra frase que, con espontaneidad admirable, brota siempre de sus labios, contestó al Sr. Lasso, logrando desarrollar, uno y otro, en sus oyentes, la más cordial de las alegrías; que cuando así se conciertan las cosas, es todo una delicia.

CORRE que el noble Sr. Cónsul de España regaló, con motivo de la conmemoración del grande suceso, doscientos fuertes, para que fueran distribuídos entre los pobres del Panóptico de esta ciudad. Este es obsequio laudabilísimo, no sólo por lo que de suyo vale, sino porque, tal vez, el Sr. Cónsul quiso hacer recordar, con este acto, que á Colón y á España, á más de otros intereses, nobles por cierto, también les movió á verificar el descubrimiento el ardor de la caridad. Este hecho, repetimos, merece profunda gratitud.

III

A las ocho de la noche del mismo día 12, á pesar de la tempestad que se había desatado, los salones del Congreso estaban llenos de distinguidos caballeros y señoritas que habían sido atraídos por la proverbial brillantez de las veladas literarias de esta Capital.

El aspecto del salón era bello é imponente: profusión de luces, orden, expectación, elegancia, belleza, todo había en él. Los asientos de honor estaban al testero del Norte, la orquesta al del Sur, y al lado del Oriente se alzaba la tribuna, á la cual debían subir los oradores.

Hacia la parte del Setentrión, en lugar alto, á la derecha de la tribuna y al frente del espectador, se veía un retrato, obra del hábil Salguero. Este lienzo remedaba, con su color blanquecino, la agradable perspectiva del estuque recién labrado. Rico dosel de púrpura lo cobijaba, y las luces, ingeniosamente colocadas, lo hacían perceptible á todos los ojos: era el retrato del Almirante. Al pie de él, las sillas de honor formaban un semicírculo saliente hacia el Norte, y estaban ocupadas por los miembros de la Academia Ecuatoriana, Correspondiente de la Real Española, por los más altos dignatarios de la República, el Sr. José María Lasso, como representante de Es-

paña, y los demás que estaban destinados á tomar parte activa en la velada. En el fondo, lugar el más honorífico, ocupando su silla presidencial, y dando carácter de seriedad y nobleza al acto literario que iba á comenzar, estaba el Excmo. Sr. D. Luis Cordero, que es también Académico Correspondiente, quien, después del himno nacional, ejecutado á conveniente distancia, por las bandas militares, después de esa armonía que no hay vez que, al resonar, no dilate el corazón de los ecuatorianos, puesto en pie, sin abandonar, como era natural, el sitio preferente que ocupaba, leyó la alocución que sigue, con ese acento y entonación tan necesarios como difíciles en la prosa, acento y entonación distintos de los que pide el verso; con esa expresión propia sólo del orador que está profundamente empapado en las reglas del arte, y con esa sobriedad de acción y apostura conveniente, muy pocas veces alcanzadas aun por los verdaderos maestros:

Señoras y Señores:

En todo el orbe civilizado se recuerda hoy una historia, que nunca dejará de ser la más peregrina de las leyendas.

Cuatrocientos años hace que un insigne marino se sintió inspirado por el fuego de Dios, y se propuso atravesar las ignotas soledades del Atlántico, para revelar al mundo de entonces la existencia de este otro, que yacía olvidado en el seno de las ondas.

La ciencia le había convencido de que era posible navegar directamente hacia el ocaso, hasta dar

con las riberas orientales del Asia, ó hallar tierras diferentes; pues no era razonable que nuestro vasto planeta sostuviese sólo las conocidas, en una inconmesurable extensión de aguas muertas y desoladas.

Si los vientos llamados *alísios* soplaban en dirección occidental, durante largas épocas del año; si esa misteriosa corriente que, partiendo de las costas de la Libia, surca, á manera de caudaloso río, la planicie de la mar, viajaba también á las regiones del poniente; si el fúlgido luminar del día llevaba, de igual modo, su esplendor á esa parte del orbe, al dejar sepultada en tinieblas la Europa, ¿por qué no había de seguir el hombre la ruta que le trazaban los vientos, las aguas y el sol, y aún reaparecer, como este último, por las comarcas orientales? ¿No era natural suponer que la munificencia del Altísimo guardase ignoradas maravillas, allí donde la humana timidez no entreveía sino abismos pavorosos?

Cierto que la generalidad de los sabios dudaba aún de la esfericidad de la tierra; pero el insigne nauta de Liguria no pertenecía á la generalidad de los sabios.

Verdad que ni con el poderoso auxilio de la aguja magnética, se habían atrevido todavía otros marinos á perder de vista las costas; mas Colón había de hacer lo que ninguno: desprender de la tierra la mirada y levantarla á los astros del firmamento, para que ellos le designasen el rumbo, ya que el Cielo le imponía la misión.

Fija en la mente la idea, encendido en el corazón el deseo, de realizar el prodigioso hallazgo, no le faltan al audaz navegante más que los medios de realizar la admirable empresa. La ciencia y la fe le han dicho que en la banda opuesta de la mar existe un edén primoroso, y en él tiene puestos, desde entonces, los ojos del alma.

Desprovisto, empero, de todo recurso, el fantástico poseedor de riquezas incalculables, sale á peregrinar de corte en corte, ofreciendo á los monar-

cas de Europa un continente, en cambio de una carabela.

Y se le tiene por insensato! porque jamás dejó de ser cierta, para los hombres superiores, aquella doliente observación del desterrado del Ponto: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis.* Como la plebe humana es incapaz de comprender al genio, lo desecha siempre, tachándole de loco.

Desengañado y triste, pobre y acongojado, vendrá, en inclemente noche, el poderoso dueño de un mundo, á pedir, en humilde convento de mendicantes, un mendrugo de pan para el pequeñuelo que trae de la mano. Mas, allí, en el piadoso seno de la santa religión de Cristo, hallará, no sólo la mezquina limosna que, para su hijo, demanda, sino que, por dicha suya y de la humanidad, dará con el generoso protector que vanamente ha solicitado en los alcázares de los reyes. Un hijo del angelical Francisco de Asís será, desde esa noche, el inmortal cooperador de la magna empresa.

Luchará todavía el inspirado Genovés con dificultades y contratiempos; se desalentará con la indefinida demora; veráse á punto de perder toda esperanza, y salir, despechado, de los dominios españoles, para probar fortuna en países diferentes; pero le confortará el esclarecido Guardián de la Rábida, y, retrayéndole de la nueva peregrinación, hará valer todo el influjo de que en la Corte goza, para que llegue á ser realidad lo que el común de las gentes reputa delirio.

Sometido á las arteras disquisiciones de la vanidosa ciencia humana, sabrá, el eminente cosmógrafo, defenderse con la de Dios, dejando, aunque no convencidos, absortos, á los que, presumiendo de sabios, tildan de quimérico cuanto no cabe en los estrechos límites de la trivial doctrina.

Hubiérase frustrado, no obstante, por el magistral fallo de los doctos, la más estupenda de las empresas, si una chispa de divino entusiasmo no hu-

biese prendido en hidalgos corazones, contraponiéndolos á mentes frías, ofuscadas y pertinaces.

Entre esos corazones, ninguno más varonil y noble que el tuyo, magnánima Isabel de Castilla. Bien se puede afirmar que, en aquella época de heroísmo y gloria, en que, al irresistible embate de tus afamadas huestes, caía, para no levantarse nunca, el usurpado poder de los reyes agarenos,

Era tu corazón, Reina eminente,
El generoso corazón de España.

Diez y ocho años de padecimiento, constancia y resignación, le han sido precisos al Genio, para hallar quién le secunde. Antes de engolfarse en la vasta soledad del Atlántico, buscando tierras ignoradas, hubo de andar errante por el desierto social, en solicitud de quien pudiera entenderle. Difícil es resolver cuál de los dos descubrimientos haya sido más raro y precioso.

Hecho, por felicidad, el de una protectora ilustre, ya no le faltan sino compañeros impávidos, que se atrevan á tomar parte en la pasmosa aventura; mas España tiene Pinzones, que le ofrecerán fortuna y vida, á trueque de gloria........

Los obstáculos se allanan; lo que parecía imposible se trueca en hacedero; las naves se alistan; los tripulantes acuden; es preciso partir....Y parten, realmente, después de haber caído de rodillas ante el Soberano Señor de tierras y mares, á recibir el místico pan del viajero, con la suprema compunción de quien se despide para no volver.

Dominados, justamente, por el natural horror á lo desconocido; abrumados por la consternación y el asombro de los que, con ayes y plegarias, les dan el más funesto de los adioses, salen, por fin, en tres diminutas naves, á desafiar las iras de un mar inexplorado, y hundirse en siniestros horizontes, que la amedrentada fantasía puebla de misterios.

¡Radiante estrella del firmamento católico! ¡guía sublime de los que surcamos este océano proceloso de la vida! acoge bajo tu divino amparo al nauta predilecto de Dios, que va llevando el sagrado germen de la civilización cristiana á tierras donde el hombre no se ha postrado todavía ante el único Sér que de adoración es digno! ¡Santa María! tu dulce y bendito nombre es el de la navecilla capitana. Haz que tu celeste manto flote, esmaltado de luceros, en el mástil de la carabela, al apacible soplo de una brisa próspera!........

Mas ¡ay! que para los favoritos de la fama es mayor que para los demás hombres el lote de las angustias. A la gloria no se va sino por la senda del sacrificio.

La envidia sigue la ruta de las heroicas naves, ansiosa de frustrar la empresa que ella no ha podido llevar á cabo; porque el egoísmo de algunos hombres llega á tal extremo, que aun el bien les parece vituperable, cuando es otro el que lo realiza.

Pero ahí va Colón, en la popa de su Santa María, puesta la mirada en el cielo, firme en la diestra el estandarte castellano, apoyada la siniestra en el timón, y fijo el pensamiento en las nunca vistas comarcas que ha resuelto someter al sublime influjo de la enseñanza católica.

Descorazonados viajan, en su mayor parte, los compañeros del impertérrito Genovés. ¿Y cómo no, si se sienten oprimidos por tres inmensidades: la del mar, la del espacio, y la de la audacia inconcebible con que un aventurero los arrastra; pero hay, afortunadamente, otra inmensidad, mayor que las restantes: la luminosa inmensidad del genio, que hace brillar prodigios donde, al parecer, no había sino tinieblas. . . . .

Sereno, entre la acobardada muchedumbre, traza Colón el derrotero de sus barquillas, disponiendo que el rumbo de éstas sea invariablemente occidental. Y van pasando, unos tras otros, los lentos días

de aquella penosa y excéntrica excursión á las regiones de lo ignorado. Y la distancia crece; y es ya desmesurada la extensión que estos argonautas del siglo XV, más famosos que los del áureo vellocino, dejan entre la patria que abandonaron y el ilusorio pensil que buscan. Aun el Jefe de la extravagante aventura se admira de no haber dado ya con la tierra de sus ensueños, y se ve obligado á fingir que no es muy grande el número de leguas recorridas desde el apostadero de Palos.

Abismado en hondas reflexiones y conjeturas, había observado. días antes, un fenómeno, cuya rareza le sorprendía; pues también la ciencia tiene sus asombros, cuando le sale al paso el misterio.—¿Por qué vacilaba y se estremecía, como agitado por secreto terror, ese acero que iba designando la ruta? ¿Qué sería de los desdichados viajeros, si, aturdida, por decirlo así, la aguja de marear, los entregase, desorientados, al capricho de las olas y de los huracanes? Colón se maravilla y teme; se sobrecoge, quizá; pero calla. Algo más tarde, sabrá, con ánimo sereno, darse acertada cuenta de tan natural fenómeno.

Soplan con tenaz persistencia los vientos del levante, impeliendo hacia el ocaso las naves peregrinas; pero la tripulación lo tiene á mal presagio; porque ese soplo que al occidente los empuja debe hacer imposible todo regreso.

Si calma, por el contrario, durante algunos días, la corriente de los alisios, y quedan inmóviles las aguas del océano, horrorízanse también los infortunados viajeros, al ver que las frágiles carabelas quedan como incrustadas en un inmenso lago sin brisas y sin olas. La inmovilidad es la muerte.

Si vuelven á dispertar los vientos, es para conducir las naves á una inextricable red de algas marinas, que dan á la superficie del océano el singular aspecto de una gran charca, en cuyo fango están aquellas á punto de encallar. Será preciso que el experto Almirante haga echar la sonda, para conso-

lar á la despavorida gente, que no ve por donde quiera más que los horrores de la tumba.

Empiezan, sin embargo, á notarse algunos síntomas de vida en la estéril soledad de las aguas. Un pequeño crustáceo, que algún marino pesca entre las ovas, es evidente señal de que aquel mar tiene riberas. Ciertos diminutos pajarillos, que vienen á cantar durante el día, posados en los mástiles, y vuelan, de regreso, cuando la noche se avecina, deben de ser, no hay duda, felices habitantes de no muy remota selva. A saludar á los viajeros, en nombre del edén que estos buscan, parece que vienen los emisarios de la floresta, simpáticas criaturas que, en la naturaleza física, tienen alguna semejanza con los ángeles.

Pero quedan otra vez insensibles y yertas las aguas de la mar, y extinguidas en el corazón de los peregrinos las postreras palpitaciones de la esperanza. Furibundo se alza, entonces, el despecho, á rugir en torno del ilustre Almirante, colmándolo de amenazas y maldiciones, como á temerario autor de la común desdicha.....Es él un insensato, que, ansioso de fama, los lleva á segura perdición, vagando por un océano interminable. Irán á estrellarse en el caos. El límite de aquel lago sin orillas no puede ser otro que la nada. Aciago es el proyecto de aquel hombre iluso, cuya funesta doctrina ha sido condenada por los sabios. Es preciso regresar inmediatamente, por si fuere todavía posible desandar el inmenso espacio recorrido y pisar otra vez el amado suelo de la patria. Se opondrá con tenacidad el aventurero, que sueña todavía en su tierra prometida; pero será fácil deshacerse de él, sepultándolo en las ondas. Allá podrá decirse, á quienes por él pregunten, que cayó, desgraciadamente, en la mar, cuando se abismaba en la contemplación de las estrellas.

Pero ¿cómo regresarían ellos, si les faltase Cólón? ¿Quién les trazaría la ruta, en aquella uniforme y solitaria planicie, donde es imposible la navegación para

todo el que no sepa entenderse con los astros? ¡Oh! ¡no hay remedio! Es necesario someterse á las malaventuradas determinaciones de una suerte aciaga.

Sólo un hombre está tranquilo, en medio del tumulto. Es el heraldo de la Providencia, á quien no conmueve la furia del motín. Confía en lo excelso de su misión, y, con la grave serenidad del Neptuno de la fábula, refrena los ímpetus de aquella tormenta moral, más temible que las del océano. Observa, consuela, promete; corrige, increpa, amenaza, y devuelve á la sediciosa tripulación la paz de que el despecho le había privado.

¡Cuán próximo estaba el triunfo del heroico marino!—Viene luego uno de aquellos peces que moran en las inmediaciones de las playas....; viene una rama, cargada de frutos....; viene un bastón labrado por industria humana....; y bastan estos tres objetos, para indicarle que tiene cerca de sí costas, árboles, hombres.

¡Salve, Regina! cantaron, de hinojos, los insurrectos del pasado tumulto, y, rebosándoles de júbilo el alma, clavaron, á competencia, los ojos en aquella región de occidente, donde iba á brotar de improviso el encantado jardín de América.

Había cerrado la noche, y reinaban las sombras en torno de las inmortales carabelas, cuando la penetrante vista del nauta inspirado divisó la luz de una antorcha, que no muy lejos resplandecía.

¡Estaba realizado el prodigio! Aquella luz, que parecía haberse encendido bajo la mirada creadora del Genio, era para éste el resplandor de la gloria, y era para nuestro vasto Continente el bello símbolo de la verdadera luz: la celestial del Evangelio.

Al derramarse sobre la tersa superficie de las olas los risueños albores de la siguiente mañana, apareció, ante los maravillados viajeros, la pintoresca *Guanahani*, como si se levantase de entre las espumas del mar, á modo de la antigua diosa de la hermosura.

Y el iluso, á quien habían desechado los reyes, el visionario, de quien habían hecho mofa los doctos, fué, desde aquel inolvidable día, poco menos que el creador del Continente americano; porque los incrédulos de la vieja Europa vieron (como, en enérgica frase, lo dice un poeta español),

al nuevo mundo saliendo
de la cabeza del loco.

A los cuatrocientos años del portentoso descubrimiento, nos ha tocado, Señores, á los que vivimos en Octubre de 1892, conmemorar ese sublime hallazgo de una mitad del planeta, y el solemne homenaje rendido al Supremo Hacedor, en tierra americana, por el más ilustre de los mortales, arrodillado al pie de una cruz, á la sombra del glorioso estandarte de Castilla.

Han transcurrido cuatro centurias. Transcurrirán todavía mil, sin que mengüe la sublimidad de tan augusto espectáculo.

He dicho.

Muy agradablemente sorprendió á los oyentes, en seguida, el "Himno á Colón", compuesto por el R. P. Calcagno, y cantado, con admirable concierto y primor, por sus alumnos, los niños de los Talleres Salesianos.

A continuación, el maestro Sr. Carlos A. Ortiz, habilísimo violinista, para quien casi ningún instrumento es desconocido, hizo ejecutar la obertura *Ungarische Lustspiel*, de Keler Bela.

Terminado el discurso del Excmo. Sr. Presidente, en cuya manera de discurrir gallarda y lozana, campean las palabras ar-

mónicamente concertadas y en su mayor diafanidad (porque al través de ellas, déjase ver, donde quiera, claro y hermoso el pensamiento), habló el Director de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, Señor Doctor D. Julio Castro, que ocupaba el lugar más distinguido junto al Sr. Presidente; y su discurso, modelo entre los mejores, por su estructura académica, por su sobriedad, y más que sobriedad, moderación y exactitud de la frase castellana, y harto aplaudido, con razón, por el discreto auditorio, es el siguiente:

Señores:

Un marino genovés casi desconocido, fundándose en los inconmovibles principios de la ciencia, y, más que todo, siguiendo las inspiraciones del genio con que le había dotado profusamente el Supremo dispensador de todo bien, presintió la existencia de inmensos territorios, velados por las brumas del Occidente, acá en los lejanos confines del Atlántico. El marino entusiasta y soñador llamó, por largo tiempo, á las puertas de los potentados de la tierra, para ofrecerles el dominio de las espléndidas regiones que él entrevía con la convicción profunda del sabio, la fantasía creadora del poeta y la inquebrantable fe del que se considera elegido por el Eterno para fines providenciales. Pero los potentados de la tierra permanecieron sordos á su llamada, tratándole de visionario, cuando no de aventurero; y el pobre genovés continuó su triste peregrinación, llevando á cuestas un mundo, hasta que se interpuso en su camino la incomparable Isabel de Castilla, de alma tan grande como la del inspirado viajero que á sus puertas acudía, y con idéntica fe que éste en lo elevado de la misión que de Dios había recibido. La ilustre Reina

comprendió la importancia política y religiosa del grandioso proyecto del desdeñado genovés; las joyas de la corona fueron pignoradas para atender á los gastos de la que parecía aventurada y loca expedición; las carabelas descubridoras singlaron hacia lo desconocido; y del seno del anchuroso océano surgió un nuevo mundo, ante el cual se prosternaron maravillados, el inmortal descubridor que lo había presentido y los heroicos españoles que habían de conquistarlo para ofrecer á su hermosa soberana ese tributo digno de tan eminente Reina.

Hé aquí el grandioso acontecimiento cuya conmemoración ha promovido España, conmemoración á la cual se han asociado, con indecible espontaneidad y entusiasmo, todas las naciones de la América española, porque se trata de la más envidiable de las glorias de la pujante raza á que pertenecen.

La Real Academia Española ha tenido gran parte en la organización del tributo literario que hoy se rinde al inmortal descubridor del Nuevo Mundo en todas las naciones en que se habla la hermosa lengua de Castilla; y nada más natural que el que cooperasen al noble propósito del primer cuerpo literario de España sus hijas, las Academias Correspondientes americanas. Por eso la nuestra coadyuva también, aunque con modesto contingente, á la gran fiesta que, comenzando por ser eminentemente española, se ha convertido luego en universal, por ser su objeto la glorificación de uno de los sucesos más trascendentales entre cuantos registra la historia de la humanidad. Y yo, sin más título que el de hallarme, aunque inmerecidamente, á la cabeza de la expresada corporación literaria de mi Patria, vengo á cumplir con el deber oficial, muy honroso para mí, de abrir esta sesión solemne, para que alguna voz más autorizada que la mía proclame la gloria de Colón con acentos dignos de quien tiene todo un mundo por estrecho pedestal de su fama.

Pocas figuras históricas tienen la talla gigan-

tezca del descubridor del Nuevo Mundo, que poseyó, en grado superlativo, las múltiples cualidades que constituyen la verdadera grandeza, puestas todas al servicio de una de las más fecundas ideas, entre cuantas han podido formarse en el incansable laboratorio de la humana inteligencia.

Vedle cuando, modesto y oscuro, gana trabajosamente el sustento, delineando cartas geográficas para los navegantes. Dibújalas afanoso; pero, en toda carta por él delineada, le sirve de incesante tormento el *nada más allá* de las columnas gaditanas, y el misterioso Cipango, pintorescamente descrito por Marco Polo; dos puntos extremos, entre los cuales se extiende un vacío inconmensurable, que el pobre cartógrafo se obstina en llenar desesperadamente.

Vedle, después, en busca de amparo y recursos para descorrer el velo de lo desconocido, completar la ciencia geográfica y establecer comunicación directa entre los extremos del viejo mundo. Emprende, paciente y sufrido, su penosa Odicea, y en ella no halla más adeptos que un humilde religioso de la Rábida, único que le alienta y conforta para la realización de proyectos que todos consideran como partos de un cerebro desorganizado y de una imaginación calenturienta.

Vedle, cuando ya la luminosa y fecunda idea había penetrado, como en albergue digno de ella, en la mente de la grande y generosa Isabel. Por suyas tiene ya, el osado explorador, las regiones cuya existencia ha presentido, y dicta, por lo tanto, á su soberana las condiciones mediante las cuales le cede el dominio del mundo que, con esfuerzos sobrehumanos, había de arrancar á los abismos insondables en que yacía sepultado.

Vedle hundirse denodado entre las brumas del anchuroso piélago, luchar impertérrito contra cuanto se opone á la realización de su grandiosa empresa, y permanecer, él solo, inconmovible, en medio de los

consternados equipajes de sus frágiles carabelas. Nada puede quebrantar su indomable constancia, ni amortiguar su ardiente fe; y continúa, con sublime abnegación, su interminable ruta hacia lo misterioso y desconocido, hasta que aparece, radiante de juventud y hermosura, la tierra que buscaba anheloso, y puede plantar en ella el signo sacrosanto del Redentor y los gloriosos pendones de Castilla.

Vedle, en la próspera fortuna, cuando los pueblos se agolpan á su paso, y Barcelona se engalana para recibirle. No le envanecen, ni el aura popular, ni el favor de los soberanos, ni la fúlgida aureola de que se halla rodeado su nombre; y reconociendo que únicamente á Dios era debido el éxito asombroso de su heroica tarea, se postra humilde y reverente, y rinde su acción de gracias al Todopoderoso, que se ha dignado escogerle por instrumento para una obra de tan maravillosos resultados.

Vedle, en fin, en la fortuna adversa, cuando la envidia, la ingratitud y la iniquidad, unidas en repugnante consorcio, traman la ruina del glorioso descubridor. Acatando, ante todo, el principio de autoridad, extiende, resignado y sumiso, las manos á los hierros que debían encadenarlas; los conserva, después, siempre á la vista, cual fúnebre recuerdo; y ordena que junto á él se coloquen en la tumba, como elocuentísima lección que daba á los de su estirpe, sobre cúan efímeras y fugaces son las glorias del mundo, y cómo debe el hombre prudente esperar tan sólo, á trueco de un deber heroicamente cumplido, el galardón que el Padre de la eterna Justicia reserva á sus elegidos.

Y en todas estas multiples faces de su agitada y asombrosa vida, Colón conserva siempre su acendrada fe religiosa, su admirable serenidad de espíritu y su innato amor á la justicia. Con sobrada razón afirma uno de sus más eminentes biógrafos, el insigne Lamartine, "que no conoce nada más perfecto que este hombre."

He dicho que el descubrimiento de América ha sido uno de los sucesos más trascendentales entre cuantos registra la historia de la humanidad. Para convencerse de ello basta contemplar los nuevos horizontes abiertos al mundo comercial, los múltiples intereses relacionados con el establecimiento de la nueva familia de naciones organizadas aquende el Atlántico, y el poderoso aliento que el desarrollo de la riqueza pública ha recibido con los inagotables tesoros del Nuevo Continente.

Y si trascendental ha sido para los pueblos de Europa, en general, el descubrimiento de América, mucho más lo fué, en especial, para la noble y pujante raza que empleó su obstinación y su heroísmo incomparables en el apoderamiento y colonización del mundo arrancado de las profundidades del Océano por Colón y la magnanísima Isabel. La raza ibera se ha extendido por espacios casi inconmensurables; y hoy, una familia numerosa de naciones que á esa raza pertenecen, habla el sonoro idioma de Castilla y se prosterna ante el estandarte de la Cruz, traído por apóstoles españoles. Por eso el grito de indecible júbilo que hoy lanzan el antiguo y el nuevo mundo, en conmemoración del descubrimiento de América, es, ante todo, una fiesta eminentemente española. Por eso también las corporaciones literarias establecidas en las jóvenes repúblicas de Hispano-América, traen todas su contingente que haga conocer el estado de adelanto intelectual en que se encuentran los pueblos cuya existencia emana de la colonización española.

Valioso es, en verdad, ese contingente; pues las glorias de los hijos son siempre joyas preciadas de la corona de los padres; y la noble y altiva España, robusto tronco de la raza colonizadora, se complace y enorgullece al ver que sus hijas, las jóvenes repúblicas de la América latina, han producido poetas como Olmedo, prosadores como Irrisarri, publicistas como Bello, sabios como Caldas, oradores como

García del Río, y jurisconsultos como Vélez Sarsfield.

Magnífica es la galería literaria de escritores de la América española que, para dar forma á las brillantes concepciones de su mente, han empleado el armonioso idioma de Cervantes y de Herrera; y en esa galería le toca al Ecuador no pequeña parte. Secundando el laudable propósito iniciado por la Real Academia Española, de que se solemnizase la gloriosa fecha que hoy conmemoramos, con la publicación de florilegios que manifiesten el estado de la literatura de cada una de las naciones de raza ibera, nuestra Academia correspondiente ha comenzado á publicar una antología de escritores ecuatorianos; y el primer volumen, comprensivo de la parte poética, ha visto ya la luz pública. En la brillante constelación literaria de nuestra querida patria, gira, con explendidez asombrosa, un astro poético de primera magnitud, el incomparable Olmedo; y no es posible, á menos de tener la vista ofuscada por el odio ó la prevención, no reparar en otros que, sin llegar á esa brillantez y magnitud verdaderamente excepcionales, forman cortejo digno del inmortal Cantor de las glorias de Bolívar, como Cordero, Llona, Crespo Toral y Mera.

Hé aquí el contingente que trae el Ecuador al tributo literario que la Real Academia Española ha deseado que se ofrezca en el cuarto centenario del descubrimiento de América; contingente que, no lo dudo, figurará con honra en el conjunto de los aportados por los demás pueblos de la América latina. La premura del tiempo no ha permitido, por desgracia, que saliesen también á luz oportunamente los volúmenes concernientes á la prosa, en la cual campean, con indiscutible superioridad de estilo, algunos que figuran en primera línea entre los de la numerosa y lucida falange que en el Ecuador manejan la pluma con gran maestría, ora en el tumultuoso palenque del periodismo, ora en el tranquilo campo de la Moral, de la Filosofía y de la Historia, ora en el

ameno de la Literatura de solaz y recreo.

No sin razón ha querido la Real Academia Española que así se solemnizase el cuarto centenario del descubrimiento de América; pues, si en ésta, del uno al otro mar, se maneja con limpieza y gallardía la lengua castellana, y si, desde el Golfo de Méjico al Estrecho de Magallanes, se han organizado naciones de raza ibera, de lozana y rica literatura, debido es á que el esforzado pueblo español empleó su indomable constancia y su heroísmo incomparable en la conquista y colonización del Nuevo Continente.

Y no hay que recordar las atrocidades de esa conquista; pues los imponderables infortunios de los pueblos aborígenes "culpa fueron del tiempo y no de España", como dice el nuevo Tirteo español. Y ni aun esa gráfica expresión del ilustre poeta es exacta; pues semejantes males han sido y son de todo tiempo, y no hay por qué aplicarlos exclusivamente al en que se efectuó la conquista española del Nuevo Mundo. Toda guerra de conquista acarrea idénticas atrocidades, y con ellas se han llenado las principales páginas de la historia, frecuentemente convertida en el martirologio de la humanidad.

La obstinada y grandiosa guerra de la Independencia engendró, es cierto, profundos odios entre peninsulares y americanos, esto es entre españoles de allende y aquende el Atlántico; pero esos odios no podían ser eternos; la terrible guerra, que terrible fué, como toda guerra de familia, sólo ha dejado el recuerdo del asombroso heroísmo de la raza común á que pertenecían ambos combatientes; las hijas de España, nuestras jóvenes y prósperas repúblicas, se han reconciliado sinceramente con su augusta madre; y hoy, los españoles de acá admiramos sin reserva el temple de alma y valentía de Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa y demás indomables conquistadores del suelo americano, como los españoles de allá, también sin reserva, acatan el genio creador y la pericia militar de Bolívar, Sucre,

Páez y otros egregios adalides de la guerra de la Independencia. Así los unos como los otros son titánicas figuras que la mano de Dios talló en granito español.

He dicho.

Si vale decirlo así, sólo después de los dos discursos precedentes se vino en conocimiento de la magnitud del portento que se recordaba, de la índole altamente grave de la reunión, y de la brillantez de la velada en que iban á tomar parte los demás oradores.

Concluída la *Campagnone*, sinfonía de Campagnone, ejecutada por la orquesta, el Sr. Quintiliano Sánchez, miembro también de la Academia Ecuatoriana, instalada en aquel acto en sesión solemne, fué el primero que ocupó la tribuna, donde, haciendo gala de los conocimientos que posee en el arte de la declamación, con la cual está acostumbrado á deleitar á sus oyentes y á moverlos según su capricho, declamó la siguiente inspirada poesía, salpicada por todas partes de bellezas de aquilatado gusto que rayan en lo clásico:

COLON Y LA FE.

Perdido, cual del hombre el pensamiento,
Cuando en profundo meditar se enciende,
En las alas del viento
Y la esperanza, hiende
Frágil bajel el proceloso Atlante,
Y sólo ve la inmensidad delante.

Está junto á la prora,
Cual nuevo semidiós, Genio inspirado:
Su semblante colora
La lumbre de los cielos; le fué dado
Sondar el ponto airado,
Y prefijar la hora
De arrancar al misterio,
Para llenar el Orbe, otro Hemisferio.

Lleva en la mente un mundo,
Del porvenir ya es dueño;
Soplo de Dios, vivífico y fecundo,
En el grandioso empeño
Le impele, y la divina
Inspiración le inflama y le domina.

En silencioso meditar contempla
El azul infinito,
Y en la oración magnánimo retempla
Su espíritu; oye el grito
Del mar inmensurable,
Y se dilata el mar inacabable.

De repente sombría
La atmósfera aparece; poco á poco
Se alza distante tempestad bravía;
La Creación se enluta,
Y, en desenfreno loco,
Los rudos vendavales
Se despeñan airados de su gruta.

Producidor eterno de los males,
El genio del abismo,
Suscita la tormenta;
Y orgulloso y ufano de sí mismo,
De su soberbia cual postrer ensayo,
Con actitud violenta
Vibra el tartáreo rayo,

Y el Nuevo Mundo defender intenta,
Donde largas edades
Imperó, único dios, entre maldades.

En su carro que riza
La onda, y fulmíneo y raudo se desliza,
El vasto mar recorre en un momento.
¡Ah! con nuevos enojos
¡Cómo le brillan de furor los ojos!
¡Cómo truena su acento!
Está el odiado Genio chispeante
Como en aquel instante
En que, vecino al insondable averno,
Para perenne confusión y espanto,
Cual si alcanzara á tanto,
Quiso escalar el solio del Eterno.

La borrasca se agita;
No hay cielo ya, y envuelve densa nube
El mar y el aire; sube
Desesperada grita,
Y cunde el desaliento, y el gemido
Va por la inmensa soledad perdido.

Sin día ni esperanza, del hispano
Primera vez el corazón desmaya;
Para él no existe ni remota playa
Ni tiene linde el férvido Oceano.
Tedio ya de lo inmenso
Satanás les infunde,
Y el mar vuelve á su ojos más extenso,
Y su mirar confunde
Con fantásticas tierras que en Ocaso
Dibuja y desvanece entre turbiones.
En el adverso caso
Su corazón de acero los Pinzones
Oponen á la suerte:
¿Cuándo el pecho español no es pecho fuerte?

Más grande en el peligro, más sereno,
Mirada quieta y corazón de bronce,
Colón se muestra entonce
Cual numen tutelar. El pecho lleno
De vigor y de fe, junto á la prora
Alza las manos, y medita y ora.

De súbito delante
Visión del paraíso, rutilante,
Deidad maravillosa
Contempla al Héroe. De color de rosa
Leve tinte le baña la mejilla;
Su mirada sencilla
Es de paloma del edén; la frente
Le ciñe áurea guirnalda;
Del pudor la sonrisa
En sus purpúreos labios se divisa;
Acaricia el ambiente
De su veste blanquísima la falda,
Y su manto de luz, resplandeciente,
Flota en redor, y muestra
Cruz de diamantes la virgínea diestra.
Parece que del cielo
Bajó, como una virgen desposada,
Que oculta en tenue velo,
Llega al esposo, leda y sonrosada.

Era la Fe: le brota
El acento cual nota
Del arpa de David: "Heme á tu lado,
Fuerte Varón, le dice; del altura
Te traigo la ventura
Y más esfuerzo al corazón osado".

"Colón, porque creíste,
La verdad hallarás: con Nuevo Mundo
Harás más grande, y lo merece, España.
Lo imposible venciste
Con tu anhelar heroico, sin segundo:
Nunca á tu hazaña igualará otra hazaña."

"Yo, que traslado, con querer, los montes,
Y al sol en su carrera
Mando parar sobre la azul esfera,
Los negros horizontes
Hoy vestiré de luz; el fiero ponto
Serenaré muy pronto;
Y, en premio á tu virtud, verás ufano,
Al confín de Occidente,
Un vasto Continente
Brotar de entre las ondas del Oceano".

Destello del Señor, irresistible
Impulso que conmueve,
La inspiración te encienda
Con luz inextinguible.
Mientras sus alas mueve
A la región empírea tu alma ascienda,
Y veas con placer en lontananza
Radiar, como la aurora, la esperanza".

"Yo desde ahora veo
De los Andes flotar sobre la cumbre,
Realidad tornado tu deseo,
Estandarte del Orbe, la Cruz santa.
Miro, en trono de lumbre,
Religión sacrosanta
Con cetro de oro dilatar su imperio,
De una zona á otra zona, en tu hemisferio".

"Dios en el cielo y en la tierra España
Redoblaron tu aliento;
Y esta tu loca idea, en las edades
Será sublime hazaña
Y perenne portento,
Astro será de eternas claridades".

"¡España! le dí el cetro
Del mundo y de la gloria, prepotente;
Cual cadencioso metro
Repetí su renombre; dardo ardiente

Lancé á su corazón; le dí el secreto
De sonreír en medio del peligro;
        Ceñí de doble peto,
De firmeza y valor, los españoles
Pechos, y unida al español emigro
A tierras que decoran otros soles,
Siempre esta Cruz llevando y la constancia,
        Y salvo la distancia
        Con mis alas divinas,
Y van tras mí virtudes peregrinas".

"A España, en dón precioso,
Le concedió el Señor la reina augusta,
        Cuyo imperio glorioso
A Cristo alegra y al Corán asusta.
        Isabel de su frente
Desciñe la corona de diamantes,
Y á tí y á tus osados navegantes
Abre las áureas puertas de Occidente.
Isabel! basta tu renombre solo
Para asombrar los siglos: desde el puro
Oriente hasta el Ocaso, del un polo
Hasta el opuesto polo, en lo futuro,
Por cuanto el mundo en derredor se espande,
No se alzará jamás reina más grande".

"Ya en Islebia nació Monstruo que un día (1)
Pretenderá ultrajarme con insania:
        Vestido de osadía,
Nuevo Luzbel de la infeliz Germania
Do mi solio presiento se derrumba,
Soñará en sepultarme......¡temerario!
        La Fe no tiene tumba......
        Bulle en mí nueva vida,
        Y, á la Cruz del Calvario
Voy, como á hermoso pabellón, asida".

(1) Cuando el descubrimiento de América, había nacido ya Lutero. Las naciones que este heresiarca separó de la fe católica, las reemplazó España, en magno resarcimiento, con todo un Continente.

"Del Altísimo virgen mensajera,
Iré contigo ahora compañera
Invisible, guiando
Tu frágil carabela: á ignoto clima
Te seguiré, llevando
La Verdad sempiterna que sublima".

"Desde el imperio mágico que abruma
Con férreo yugo el fiero Motezuma
Hasta do el cetro de Atahualpa brilla,
Será España Señora de los mares,
Y, en régia maravilla,
Do quier levantará templos y altares.
Cuenta tú las estrellas,
Y contarás sus héroes. ¡Ay! si huellas
Quedan después de asolación y saña,
Crimen serán del tiempo y no de España".

Así habló la deidad; y sonriendo
Invisible quedó: con más estruendo
Satanás se enfurece,
La tierra, el mar, el éter confundiendo.
Como en antiguos días, aparece,
Cuando en pensar maldito
Quiso ¡necio! igualarse al Infinito.

En la región etérea lid gigante
Se traba; el aire gime;
Se estremece el Atlante;
Se abren las olas; muéstrase el abismo,
Y un acento sublime
Ensordece el espacio. Satán mismo
Conmuévese de horror: sus escuadrones,
Sobre el mar y los vientos esparcidos,
Luchan con los angélicas legiones
Entre cantos, blasfemias y plañidos.

El Angel tutelar de las Españas,
Caudillo de la lidia,

Los vencidos pendones
Mostrando de Boabdil, con negra envidia
De Satanás, redobla sus hazañas;
Y arrecia el batallar: por el vacío,
¿Qué mortal no creyera
Que, en furor tan impío,
El orbe hecho pedazos se esparciera?

Colón en tanto, de rodillas, puestas
Hacia lo alto las palmas,
De Luzbel las funestas
Iras conoce ya. Tienen las almas
Inspiradas del cielo,
En peligro mayor, mayor anhelo.

Nuevo Moisés de un Mundo prometido,
Si las manos levanta,
Queda Satán vencido;
Si las baja, rendido,
El Dragón se envanece y adelanta
Y el precito escuadrón cobra ardimiento.
La Fe invisible, que velaba al lado
Del Adalid, con soberano aliento
Le anima, y levantado
Después Colón en éxtasis sublime,
Oye á Luzbel que, de vencida, gime.

En el abismo luégo
Se hundió el Dragón antiguo, rebramando;
Las olas de la mar, olas de fuego
Tornáronse, temblando,
Y el Angel de la España sube en gloria
Y á Dios anuncia la feliz victoria.

En mar sin oleaje
Sigue Colón con próspero vïaje,
Y su mente se inspira,
Con el triunfo de Dios; más vuelo toma
Su espíritu, y aspira,

Cual si viniera del edén, aroma,
Que las olas rizando leve el aura,
Trae y el triste corazón restaura.

Serenado el espacio, las alturas
Cantaron ¡ Gloria á Dios ! con alegría ;
¡ Gloria ! del mar las líquidas llanuras
Clamaron : de almo día
A la tenue vislumbre, de repente
¡ Oh potencia del Genio soberana !
Leve punto se pinta en Occidente,
Y grita ¡tierra! el venturoso Triana.

En Ocaso, al instante,
Apareció una Cruz reverberante,
Formada sólo de esplendor de estrellas.
Lábaro inmenso que abarcaba el cielo
Con sus brazos, y al suelo
Esparcía cambiantes y centellas,
Todo en redor volvía rutilante,
Y era lumbre la mar, lumbre el espacio.
Estribaba su asiento
En basas de diamante y de topacio
Y tocaba su extremo el firmamento.

Entre los brazos de la Cruz lucía,
Por las manos de un ángel enlazada,
Corona de variada pedrería,
Corona de *Isabel*, divinizada,
Y de brillar jocundo,
Premio de abnegación, gloria del mundo.

Allí, en destello puro,
Rojo Rubí se ostenta,
De México opulenta
Símbolo hermoso de esplendor futuro.

Deslumbrando la vista
Con su tinte violado,
Allí ya se contempla, en la Amatista,
Del Brasil el imperio dilatado.

Allí en la Calcedonia que rïela
Sobre la mar tranquila,
La guirnalda rutila
De la madre de un Héroe, Venezuela.

En la color distinta
Del Jacinto radioso,
Con signo primoroso,
Bello y feliz, el Uruguay se pinta.

La Sardónica bella
La brillantez destella
De Colombia, que al Genio peregrino
Volverá en parte el usurpado nombre,
Ya que en injusto síno
El suyo diera al Continente otro hombre.

Como formando zona,
Lucen en medio la imperial corona
Cinco Zafiros de color de cielo,
Grandiosa imagen de las cinco fadas
Que, en juvenil anhelo,
Al Progreso caminan enlazadas.

Al Paraguay semeja el Crisopacio,
Cuyo fulgor colora,
Como risueña aurora,
Los ámbitos inmensos del espacio.

En el bello Crisólito dorado
Cómo el imperio colosal se palpa
De Huáscar y Atahualpa,
De oro, y de gloria y de poder cercado.

En el color de roja Cornarina
Cuán gallarda aparece
Y á la mirada de Colón se ofrece,
Sultana de las pampas, la Argentina.

Trasparente Berilo
De Chile muestra la futura gloria;
Allí tendrá la libertad su asilo
Allí las leyes cantarán victoria.

Del Topacio amarillo
La nitidez lucía,
Cual en la frente de Bolivia el brillo
Que le dio un Héroe, con su nombre, un día.

Ultimo adorno en la corona esplende
La vívida Esmeralda.
¡Cómo, al mirarla, anímase y se enciende
De Colón el grandioso pensamiento!
Cree columbrar flotante otra guirnalda,
¡Inaudito portento!
Más allá, más allá, en la lejanía.
Ve levantarse en intuición dichosa,
Bajo de un cielo de carmín y rosa,
Como Genio de insólita osadía,
De Dios mostrando el portentoso brazo,
Atalaya del mundo, el Chimborazo;
Y piensa ver con la inspirada mente
La Fe sobre la cima,
La Fe inmortal que al Ecuador anima,
La Fe que al Genio le lanzó á Occidente. (1)

El sistema de declamación del Sr. Sánchez merece muy detenido estudio, y es de suponer que pronto formará escuela entre nosotros.

(1) Este canto, por especial deferencia á algunos jóvenes de Guayaquil, fué enviado para el certamen poético que en dicha ciudad tuvo lugar el 12 de Octubre.

El Sr. Quintiliano Sánchez tiene, especialmente, una facilidad admirable para hacer que, cuando declama versos, prevalezca la armonía de la rima sobre la armonía de las demás palabras, sin usurpar por eso los derechos de la pausa ortográfica, ni oscurecer el sentido gramatical del período, dote rarísima por cierto, si, como en el ya nombrado académico, va acompañada de la flexibilidad de una voz que, sin esfuerzo alguno, sabe huír siempre de la monotonía del sonido. Es de sentir que este no sea lugar propio para hacer mérito circunstanciado de la declamación del señor Sánchez.

La obertura de Albert Leutner, titulada *Feste*, interrumpió por unos instantes el acto.

Concluída la obertura, subió á la tribuna, siguiendo en todo fielmente lo que disponía el programa que he mentado ya, el muy inteligente joven abogado, Sr. D. Emilio María Terán, Secretario particular del Excmo. Sr. Presidente de la República. Leer un discurso en prosa, después que en verso había hablado el Sr. Sánchez; pretender disipar de los oídos de la selecta multitud las últimas armonías que había derramado el académico, y sustituírlas con otras, era imposible; pero el Dr. Terán, con su fogocidad juvenil, sabe salir de esta clase de empeños; y agradó al concurso, y le arrancó aplausos, hablando en estos términos, con la confianza de quien ya se ha grangeado la fama de laborioso escritor y hábil jurisconsulto.

Excmo. Señor; Señores:

En la rada de Palos, pequeña población de Andalucía, esperan la señal de viaje, en melancólico vaivén, tres audaces carabelas. Inmensa muchedumbre fija sus ojos en ellas, cuando el desconocido Genovés, como deificado por los misterios del genio y de la ciencia, implora, sobre la *Santa María*, los favores del Cielo, para esa frágil escuadra que va á lanzarse al insondable abismo de lo desconocido, á un escenario donde la esperanza y la fe deben representar la grandiosa cuanto inimitable epopeya del descubrimiento de ignoradas regiones.

Había Colón arrancado de la corona de Isabel la Católica sus valiosas joyas, en cambio de un mundo nuevo, prometido á los reyes de Aragón y de Castilla; cual si crearlo estuviese en manos del atrevido Genovés, ó si los sueños del genio tuvieran el sublime poder de lo infalible: la fe religiosa, unida á la esperanza, subsiste de resplandores celestiales; desconoce los tenebrosos abismos de la vida, y, en la noche de los tiempos, se abre paso con la excelsa luz del pensamiento, hasta que, atrevida, sorprende los secretos de lo infinito.

Colón anuncia la existencia de un nuevo mundo, y trata de hallarlo para que España, su hidalga protectora, por sobre el Océano, cubra á la hija del sol con los purísimos rayos de la luz cristiana. Antes que de honor y gloria, tiene una idea, un principio, que domina su mente: *arrancar de las tinieblas de la idolatría* á mil naciones escondidas, pero, indudablemente, sujetas á las mismas leyes que rigen la naturaleza toda; y, con los soñados tesoros de otras tierras, lograr que el estandarte de la fe de España se ostente, esplendoroso, sobre las deicidas rocas de Jerusalén la prisionera.

Pero ¿en dónde la realidad del anunciado mundo? ¿Cómo ir allá, si la inmensidad y el espacio interminable se hallan de por medio? ¿Por qué los

designios de la creación, egoístas, lo ocultaron? Ese mundo está allí, dice el marino, yo sabré buscarlo. Desde entonces se ve mil veces combatido por la ignorancia, la incredulidad, el fanatismo y la traición: lucha, mendiga el Genio; mas, á la postre, inalterable su fe, vivificante su espíritu, engendra admiración y entusiasmo en un religioso de la Rábida, el cual, á su vez, enciende fervorosa llama en el augusto corazón de una mujer tan sublime como inimitable. He ahí que el Genovés empuña el soberano estandarte de los príncipes cristianos, y da á su empresa el eminente carácter de expedición religiosa: sólo así se pueden explicar la fe, el valor y la constancia heroica del inmortal marino.

Colón, centellantes los ojos para sus compañeros, y humedecidos con lágrimas para sus hijos y protectores, da, en la isla de Palos, como Almirante de una pequeña escuadra, la triste cuanto deseada señal de partida. El ronco estruendo del cañón, lanzado por la *Santa María*, anuncia por fin á la curiosa muchedumbre que el amigo, el esposo, el hijo ó allegado dejan hogar y patria para jamás volver, tal vez en cambio de los profundos senos del abismo.

Se van entre las aclamaciones de la muchedumbre, que les sigue con la vista, acompañándoles con su vida y esperanzas. Las carabelas, cual enemigas del viejo y conocido mundo, huyen y se alejan de la playa; allá se ocultan á los ojos de su nativo suelo, como misteriosas ondinas en su elemento.

Ayer, hoy y mañana, todo en Colón es fe, todo esperanza; mas, apenas la primera aurora saluda en la inmensidad á los viajeros, la *Pinta* pierde su timón y cunde el temor entre los supersticiosos y cobardes. Gritos de *¡A España! ¡A España!* interrumpen el sepulcral silencio que, hasta entonces, sólo había sido turbado por el ruidoso choque de las olas, y principia la terrible prueba de la fe viva y perseverante de Colón. Obliga aquí, intima allá, y

las tres carabelas, flotando siempre sobre la mar, sin rumbo ni destino, parece que viajan por el infinito hasta tocar la bóveda celeste.

Lentas, unas veces, las olas del Océano, furibundas otras, juegan, indiferentes, con la fe y la esperanza del Almirante; pero éste, con los ojos y el corazón puestos en el cielo, busca en Dios la senda del arcano y la realidad de los misteriosos sueños de predicción. Hoy un engaño reanima á los marinos: una errante gaviota, un meteoro, los vapores del Océano, hermosas aves que, posadas sobre el mástil de la *Niña*, cantan dulcemente á los viajeros, anuncian cómo la inmensidad acaba y que no está lejos el mundo de Colón.

Pasa ese día: la soledad majestuosa é imponente vuelve en torno de las carabelas: ruidoso el Océano, manifiesta, en su insondable profundidad, cuán lejana é inaccesible está la costa; y que el heroico valor del Almirante, luego, se verá atribulado y combatido por la ira y la venganza, el ultraje y el oprobio de sus compañeros. La lealtad, la obediencia y el respeto de pilotos y marinos, cámbianse súbitamente en amenazas y traiciones, que obligan á Colón á morir, ó condenarse á la vergüenza de volver á España, sin la perla ofrecida para la corona de Isabel la Católica.

Mil veces puede morir el genio, pero sin mancharse con el oprobio ni la burla: no envilece el tirano al hombre libre, ni el verdugo infama al inocente: así el Almirante, con inalterable confianza en su destino, prefiriendo la muerte, fulmina severas reconvenciones, hace orgullosos llamamientos hacia el honor y gloria de la España, y, con ardorosa palabra, conjura la borrasca amenazante. A menudo repítese la escena: todo fluctúa: ya intrépidos y valerosos exclaman, *¡Adelante!*...... ya los alevosos gritos de *¡A la mar á Colón!* vuelven á desafiar la fe sublime del dominador del Océano; pero no importa; vuelve aquella á triunfar, y,

por esta vez, nuevas y seguras esperanzas, en una luz que pestañea á lo lejos, anuncian, como premio del sacrificio y gloria del genio, que la oscuridad ofrece resplandores, tiempo la eternidad y límites el espacio.

Eran las dos de la mañana del 12 de Octubre de 1492, cuando la *Pinta* grita de improviso, ¡tierra! ¡tierra!; y un cañonazo, hacia las márgenes de *Guanahani*, pregona el más importante de los acontecimientos grandiosos en la historia de las naciones. La aurora del nuevo mundo saluda apacible y brillante á los hijos de España, y éstos contemplan, mudos é inmóviles, las fecundas regiones de la vírgen del Océano. Lágrimas, emoción, indecible ternura, dominan á los navegantes, que, desplegando sobre la cabeza del Genio las banderas de Isabel la Católica, llegan á tierra entre cánticos de gloria. Colón, imponente y majestuoso, vestido de escarlata, cae de rodillas ante la vírgen que acaba de encontrar; bendice á Dios, y, en su nombre, clava, en honra de Fernando é Isabel, la veneranda cruz de la Redención. Conmuévense los Andes, y su cóndor mensajero anuncia al universo que la gloria de España se gallardea, orgullosa y sublime, desde las bermejas torres de Granada, hasta el inaccesible y gigantezco Chimborazo.

He aquí el más prodigioso resultado de la fe en el Cielo: ella vino, como árbitro del genio, desde el convento de la Rábida hasta el corazón de Isabel la Católica, y desde la rada de Palos hasta el Nuevo continente.

El genio y la fe lo hicieron todo: el aprovecharse de ellos fué gloria de la España.

¡Colón! marino poderoso, yo te bendigo. ¡Hidalga España! madre generosa, América te admira.

En seguida la orquesta ejecutó la *Flutte Bursche*, obertura por F. V. Suppé; y, cuando ya se hubieron disipado las últimas caden-

cias de esta interesante pieza musical, el que estas líneas escribe, declamó los siguientes sonetos:

A LA AMERICA.

Dejad que tiemble el bosque, la alta cima
Y el valle, al retumbar de los cañones,
Y que incendie los fríos corazones
Del vate audaz la improvisada rima. (1)

Nadie los gritos del placer reprima;
Bata el aire doquier nuestros pendones,
Y vuelen de alabanza las canciones
Con los vientos que van de clima en clima;

Que sólo así la estirpe venidera
No exclamará mañana, con sarcasmo,
Nuestras cenizas insultando fiera:

"¡En alma vil la gratitud no cupo!
¡Maldito quien sentir con entusiasmo
Glorias de España y de Colón no supo!"

COLON EN ITALIA.

I

Mirad al Genio allí! ¡cuán abatido!....
La ardiente Fe que el corazón le alienta,
La Atlántida hacia un lado le presenta,
Y hacia el otro, dolor, hierros y olvido.

(1) Si es lícito decirlo, ciertamente á última hora escribí estos sonetos, por repetidas invitaciones que tuvo la amabilidad de hacerme el Sr. Dr. D. Emilio M. Terán, en nombre del Excmo. Sr. Presidente de la República.

¿Le veis? de hinojos ora, y, conmovido,
Presiente luégo el cáliz con que intenta
La Envidia atosigarle, macilenta,
Moviendo el brazo, al crimen decidido.

Pero el Angel de América, llegando,
El corazón al Héroe, así le espande,
El dulce acento en rígido tornando:

"Los redentores su valor sublimen,
Que en ellos, redimir, martirio es grande;
Mas renunciar á ese martirio, es crimen."

II

Y, de la duda ya las vallas rotas
Dejando, el Mártir lánzase al tormento,
Aunque vierte, en insólito aislamiento,
Su triste corazón sangrientas gotas.

Y con desdén mirando las ignotas
Sendas que cruzará tras un portento,
Exclama así, y escúchase su acento
En las playas de América, remotas:

"Allá me esperas tú, grata Victoria!....
De ingratitud acá la voz retumba!....
¡Pero ama el grande corazón la gloria!

"Quien de lo alto del Gólgota, que espanta,
A las tinieblas cae de la tumba,
Coronado de estrellas se levanta."

A LA FLOTA DE COLON.

(AL SALIR DE PALOS.)

Soltad amarras, descoged los linos,
Las áncoras alzad, porque presiento
Que ya, por dicha, se acercó el momento
De realizar, tal vez, sueños divinos.

Y no temáis, intrépidos marinos,
Ni la inconstancia del voluble viento,
Ni el irritado mar, que al firmamento
Levanta sus gigantes torbellinos.

Mas primero jurad, tendido el brazo
Sobre las ondas de la mar bravía,
De España no volveros al regazo,

Hasta que, entre las brumas del Poniente,
Al acento de ¡TIERRA! hagáis un día
Alzarse de la nada un Continente.

EL TRIUNFO POR LA FE.

Como á un solo adalid cien campeones,
Soltando de la cólera la rienda,
Amenazan y acosan, en contienda
Extraña de robustos corazones;

Y el héroe, de su patria los pendones,
Al ver, el hierro vibra con horrenda,
Pujanza y hiere, y postra, y abre senda,
Como en el bosque inmensos aquilones;

Así la duda, el mar, el mundo airado
Abrumaron al férvido Creyente;
¡Pero el Débil se alzó divinizado!

Que el hombre en quien la Fe prende sus fraguas,
Puede en la roca abrir copiosa fuente,
O, como Pedro, andar sobre las aguas.

Y después de tales encantos del espíritu, concluyó la amena y pintoresca velada con la obertura *Französische*, de Keler Bela.

IV

QUIÉN hubiera sospechado que á esta manera tan animada de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento podía agregarse aún algo más, que había de ser como el último y hermoso complemento de ella?

CON muy laudable acuerdo y previsión del agrado que dejaría semejante procedimiento, el día 13 de Octubre, los miembros del I. Concejo Municipal de Quito, desde las dos de la tarde, comenzaron á recibir en los salones del Municipio al séquito de la Administración Pública, Diplomáticos extranjeros y demás personas, que, con todas las formalidades y lucimiento del caso, fueron convidados á un refresco de gran ceremonia y esplendidez.

La copia y calidad de licores estuvieron en relación con el refresco y la prodigalidad con que, mas tarde, diferentes manjares, diestramente preparados á la francesa, se ofrecieron al pulcro paladar de los numerosos convidados.

Este agradable convite, donde, la rigurosa etiqueta con que al principio se mostraron los concurrentes se vió sustituída muy luégo, como era justo y de aguardarse, por una delicadísima y respetuosa familiaridad, indispensable en toda reunión que no esté destinada á concluír en el fastidio, no dejó qué desear.

El I. Municipio lo había prevenido todo, con tanto acierto y gusto, que bien se ve que con esta invitación quiso cerrar, como con llave de oro, la celebración del hecho que se recordaba.

Hasta las melodías de la orquesta, dirigida por el inspirado maestro, Sr. D. Aparicio Córdova, fueron admirables.

La reunión se declaró instalada al són de *Romántica*, obertura preciosa de Keler Bela, y siguieron realzando el contento, de rato en rato, *Paragraph III*, de Franz Suppé; *Muy bello*, valse de Emile Waldtenfel; *Magdalena*, valse del mismo autor; *Felicidad*, polka por Bianchini, y *Boitense*, novísima polka graciosa de Leopod Gangloff.

Como se ve, toda la música que se preparó para aquel día fué discretamente elegida, teniendo en cuenta el carácter de la reunión; y ejecutada tan á placer de todos, tan primorosamente, que el Sr. Córdova y los que formaban su orquesta ganaron aquel día un triunfo más sobre los que tienen ya conseguidos.

A las siete de la noche, se retiraron palpitando de contento, y llevando escrita en el alma la muy especial y brillante crónica de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, en la capital del Ecuador.

Aun cuando el Sr. Leonidas Pallares Arteta no ha tomado parte en la celebración en Quito del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, tanto porque las poesías del actual Delegado del Ecuador ante la Corte de los Reyes de España para la Exposición Hispano-Americana son del buen sabor de todos, cuanto por el asunto, debe figurar en este opúsculo, el precioso soneto á Colón que acaba de escribir en Madrid el Sr. Pallares, con motivo de la gran fiesta celebrada en esa Capital de España el mismo día de Octubre, de cuyos regocijos vengo dando cuenta con la mayor brevedad posible.

Mas todavía: convencido estoy de que sería un trabajo muy laudable, y oportuno, á la vez, darse á coleccionar todo cuanto para tan lucida y grande ocasión han producido (que

á buen seguro es mucho) las plumas ecuatorianas. Esta sería una obra bien nutrida, y, si con tino se hiciera la selección de las piezas que habían de formarla, agradable para nosotros y curiosa, y, aun tal vez, de gran mérito para la posteridad.

Pero tornando á lo que decía, he aquí el valiente soneto del Sr. Pallares Arteta:

A COLON.

La calumnia y la envidia petulantes
Brindan al sabio de cicuta el vaso:
La musa del dolor fué la del Tasso
Y el pan mojó con lágrimas Cervantes.

¿Dó no hallaron atletas y gigantes
Del Cáucaso los buitres á su paso?
Pero el genio es un astro sin ocaso,
Para el cual no hay eclipses ni menguantes.

De la Historia al través tu nombre brilla,
Como el emblema de la fe cristiana,
Cual la inmortal bandera de Castilla;

Y la que hallaste ayer virgen indiana,
Hoy, siguiendo la estela de tu quilla,
Viene á besar tu planta soberana.

V

SEGÚN se dijo en el lugar conveniente, el Supremo Gobierno, desde el Palacio Presidencial, dirigió telegramas de salutación á todas las repúblicas de nuestro Hemisferio, á Génova y al Pontífice; y desde el Consulado Español, por el cable, felicitó á la Reina de España, gobernadora en nombre de Alfonso XIII, con quien hizo lo mismo el Sr. Lasso.

COMO interesante epílogo, pues, he aquí las comunicaciones de que se habla, y las consiguientes y cumplidas respuestas que merecieron:

12 DE OCTUBRE.

A Su Santidad León XIII.

El Ecuador os saluda con reverencia, en el gran Centenario que bendecís.

Presidente.

CONTESTACIÓN.

Excmo. Sr. Presidente:

En el acto obsequioso cumplido por el respetable conducto de V. E., Su Santidad reconoce gustoso un nuevo indicio de la fe de esa Nación católica, á la que bendice, junto con su Presidente.

Cardenal Rampolla.

Á LA REINA DE ESPAÑA.

República Ecuatoriana saluda hoy á la gloriosa Monarquía de la ilustre Isabel.

Presidente.

Á LA MISMA REINA.

Presidente y Magistrados Ecuador, de visita en mi residencia consular, felicitan, conmigo, en el glorioso día de hoy, á España y á sus augustos Reyes.

J. M. Lasso, Cónsul en Quito.

CONTESTACIÓN.

Quito.

El Sr. Ministro de España, al Sr. J. M. Lasso:

S. M. la Reina Regente de España y su Gobierno acogen con el más alto afecto saludo de S. E. el Presidente y suyo.

DE SEVILLA.

El Ministro de Estado al Presidente de la República del Ecuador:

Su Majestad la Reina Regente y su Gobierno reciben con la más viva satisfacción y aprecio el saludo que la República del Ecuador dirige á España, en el cuarto centenario del descubrimiento de América por el inmortal Colón.

AL PREFECTO DE GÉNOVA.

Presidente Ecuador saluda afortunada patria del inmortal Marino.

CONTESTACIÓN.

Excmo. Sr. Presidente:

Genova ringracia, saluta.

Á LA REPÚBLICA NORTEAMERICANA.

Ecuador saluda á Estados Unidos en gran día de América.

(El mismo telegrama se dirigió á las demás Repúblicas del Continente.)

DE WASHINGTON.

United States send btotherly greeting to Ecuador.

DE MÉXICO.

Sr. Presidente:

México agradece saludo Ecuador, congratulándose fausto acontecimiento.

Presidente.

DE GUATEMALA.

Sr. Presidente de la República del Ecuador:

Guatemala corresponde cordialmente saludo del pueblo ecuatoriano en el gran día de América.

J. Reina Barrios.

DE SAN SALVADOR.

Sr. Presidente:

Pueblo y Gobierno Salvador retornan á pueblo y Gobierno Ecuador saludo en centenario Colón.

DE MANAGUA.

Sr. Presidente del Ecuador:

El pueblo y Gobierno de Nicaragua corresponden expresivamente al saludo que sus hermanos ecuatorianos les dirigen, por medio de su digno mandatario, en el gran día de América, y hacen votos por la prosperidad de esa simpática República.

C. Ezeta.

DE LIMA.

Sr. Presidente:

El Perú corresponde el fraternal saludo de V. E. y hace votos por la prosperidad del Ecuador, en la gran efeméride del Continente.

Morales Bermúdez.

DE SANTIAGO.

Excmo. Sr. Presidente:

Retribuyo el saludo de V. E., á nombre de la Nación chilena, haciendo votos fervientes por la prosperidad del Gobierno y de la Nación ecuatoriana.

Jorge Mont.

DE RÍO JANEIRO.

Presidente República.—Quito.

Em nome Republica Brazileira agradeço e retribuo saudaçoes Centenario descobrimiento America.

Marechal Floriano Peixoto.

ASÍ celebró la Capital del Ecuador el Cuarto Centenario del magno acontecimiento de 1492; así recordó el nombre del Viajero, cuyas carabelas han tenido la singular virtud de señalar su rumbo, de un modo perdurable, sobre las inquietas olas de ese piélago que debiéramos apellidar OCÉANO DE COLÓN.

DIGNOS de santa envidia y emulación noble, son los hombres, que, con la fama de sus portentos, logran conmover más de media

humanidad y hacen que florezcan, hermosos, en el corazón el regocijo y en los labios la palabra.

No debe alumbrar el sol de nuestro hemisferio, ni bronce que no sea una estatua, ni mármol que no sea un pedestal erigido en honor del Genio; porque, cuando eran los tiempos en que parece que zozobraba la barca de la Iglesia, á impulsos de las borrascas de la impiedad, Isabel echó á volar una paloma en dirección á estos climas, y la paloma, fiel, después de salvar los mares, tornó á las manos de su halagadora dueña, llevando señales de que había encontrado tierra; cabiendo en suerte así al suelo americano ser el florido Ararat donde, felizmente, descansó el Arca en que fluctuaba el Cristianismo.

Todos los grandes acontecimientos de la humanidad han tenido su Homero, su Virgilio, su Alighieri. Sólo el descubrimiento de América no lo tiene hasta hoy.

Será que los genios poéticos de nuestro tiempo no son más que débil y temblorosa claridad, que dejó vagando sobre la cumbre de los años el sol intenso de la potencia intelectual de las generaciones pasadas, así como los obeliscos, las columnas, las colosales estatuas, los pileos y las montañas de ennegrecidos monolitos no son más que signos admirables y elocuentes de la Dióspolis de Estrabón? ¿Será que los nombres de Racine, Juan Bautista Russeau, Le Franc de Pompignan,

Ercilla, Núñez de Arce, Olmedo, Bello, Andrade y Zorrilla San Martín, no han de hacer más que recordar la soberbia y excelsitud de la inspiración antigua, como, á las riberas del Nilo, los pórticos, las esfinges, los relieves, el granito, roto y diseminado, ocupando el más gigantesco perímetro, los sistros que ruedan entre los fragmentos de los altares, los geroglíficos y las inscripciones grabadas en las rocas de Elefantina, no son más que señales indestructibles de la pujanza y esplendor de la raza de los Faraones?

DESDE el día en que América nació, más de quinientas generaciones han caído, orgullosas, aunque desmenuzadas, á la tumba; y, á pesar de que en ellas no ha faltado un Delille, un Ecouchard Lebrun, un Chateaubriand y un Lamartine, nadie ha cantado aún la magnífica epopeya del descubrimiento.

TALvez cuanto más se agita y vive y corre la humanidad, tanto más va la poesía alejándose de perihelio en que, en otras edades, estuvo con respecto á la inspiración?...... O, quizás, tan excelso, tan inconcebible, tan abrumador se presenta el prodigio de Colón, que todas las inteligencias dudan, temen, se espantan y esquivan el aplastamiento?....O es, por ventura, en fin, que, aun después de cuatro centurias, los hombres no han logrado echar de sí el estupor que engendran los milagros?

HASTA hoy, hablando en conciencia, la humanidad no ha hecho más que balbucir el nombre del Marino de Liguria.

MALFILATRE es el único que se apercibió á cantar el Descubrimiento de América. Tenía acento robusto é inspiración poderosísima; pero, acaso, al sorprender el intento, los manes de los viejos épicos se agitaran envidiosos en sus huesas, y suscitaron el odio más encarnizado é hicieron que el viento de la muerte helase la voz en la garganta del joven y le arrebatase de las manos la lira de poeta.

DEMASIADO ha corrido ya nuestro siglo XIX, para que podamos abrigar esperanza de que dentro de él nazca el Virgilio del Descubrimiento; y el siglo XX no tendría ya cómo ganar renombre y fama, si no le quedara aún por celebrar hecho tan estupendo.

LO que deseamos los americanos es que americano sea el futuro cantor de la gloria de Colón.

Antonio Alomía Ll.

Quito, Febrero 10 de 1893.


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C020575755

